Leyendas de la Alhambra

El hombre de la mirada mágica
El palacio del sol, gemelo de la Alhambra
El árbol en la riada del río Darro
Los niños del otoño
En la Puerta de las Granadas de Granada
Los dos monederos
La mujer y el cordero
Desde las cuevas del Albaicín
La fantasía de un sueño
Una familia sin casa
El cascabel del Albaicín
El sueño de un príncipe
Desde el reino de la Alhambra
La anciana, reina del bosque
El azufaifo de la princesa
El huertecillo de la Alhambra
Al llegar el otoño

El hombre de la mirada mágica

Dos pequeños misterios envolvía su vida: la casa donde vivía y la singular manera de mirar las cosas, a las personas y los paisajes. Y cuando me contaron esto de él, nació en mí el deseo de conocer dónde vivía. Por muchos sitios del barrio del Albaicín, calles, plazas y casas particulares, pregunté y todos me decían:
- Vive solo, en una muy pequeña casa blanca, justo al lado de abajor del Mirador de San Nicolás. Y lo más original de su casa, es la puerta.
- ¿Qué es lo que hay en la puerta de su casa?
- No se puede decir con palabras. Tienes que verlo.

Y desde aquel momento, me puse a buscar su casa por los sitios que las personas me iban diciendo. La encontré una tarde de otoño, ya en los primeros días de diciembre y con mucha nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada. Por eso hacía frío, aunque el aire estaba en calma y en el cielo se acumulaban las nubes. Caminaba en silencio, con mi pensamiento puesto en los mil secretos y misterios que siempre se palpan por las calles del Albaicín y de pronto, al bajar una estrecha callejuela, vi su casa. La pequeña casa blanca, con solo dos ventanas, una muy grande y una puerta de madera en el centro. Me quedé parado frente por completo, miré despacio y lo que más me llamó la atención era lo que ya muchos me habían dicho: el pequeño rellano por delante de su casa. Todo estaba empedrado de una forma bonita y, a un lado y otro de la puerta, cerca de las ventanas y al borde de la calle, vi unas extrañas plantas. Sin hojas, sin flores, en forma de matas con tallos pequeños y ramas muy finas en los extremos. Me pregunté: "¿Qué plantas serán estas y por qué las tiene sembradas casi en la misma puerta y casi cortando el paso?"

Pensé llamar por si estaba saludarlo y preguntarle cosas pero no me animé. Tuve miedo presentarme tan de repente e importunarlo. Por eso, durante un buen rato, frente a su pequeña casa, me quedé parado, mirando e imaginando cómo sería su vivienda por dentro y cómo sería él y por qué tantos lo llamaban "el hombre de la mirada mágica". Ya había preguntado y aunque muchos me decían:
- Mira fijamente las cosas y a las personas, siempre sin pronunciar palabras y todo el que lo observa sabe que ve lo que nunca nadie vemos.
- ¿Pero cómo es eso?
- Tampoco se puede explicar con palabras. Tienes que verlo y observarlo por ti mismo.
- Pues si nadie ha visto nunca lo que él sí ¿cómo se sabe que esto es así?
- Se abe y ahí es donde está el misterio. Por eso no se puede explicar con palabras sino que tienes que descubrirlo tú y, de algún modo, verlo o entenderlo.
- No lo comprendo pero si las cosas son como dices sin duda que algo de misterio sí que hay en todo esto.

Y tres días más tarde, volví otra vez por las calles del Albaicín con la intención de saber algo más de él. Me fui derecho a su casa porque y sabía donde estaba. Y al pasar cerca del Mirador de San Nicolás, me llamó la atención lo solitario que esta tarde todo estaba por aquí. Me volví para atrás, subí unos escalones y al encajarme en lo más alto, muy extasiada y sola, descubrí a una persona sentada en el muro, de espaldas a mí y mirando para la colina de la Alhambra. Me pregunté: "¿Será el joven que por aquí vengo buscando?" Me acerqué despacio, me paré a solo unos metros de él, lo miré y miré para la colina que con tanto interés contemplaba y, armándome de valor, le pregunté:
- ¿Hay algo espacial entre las torres, palacios y murallas de la Alhambra que tú veas y yo no?
Se volvió para atrás, me miró lentamente y luego respondió a mi pregunta diciendo:
- Lo que ves tú yo no lo sé pero lo que yo gusto, sí sé cómo es y el brillo y color que tiene.
- ¿Y qué es lo que observas tú?
- Te voy a responder a lo que me preguntas porque sé que tienes gran interés en algo que me satisface mucho pero antes, respóndeme tú a lo mismo que me has preguntado.

Y sin titubear le dije:
- Pues yo, sobre la hermosa colina donde se asienta la Alhambra, ahora mismo veo lo que muchos a lo largo de cientos de años: torres doradas, murallas recias, hermosos palacios, jardines floridos, cielos azules y al fondo, siempre las blancas nieves de Sierra Nevada.
- ¿Y nada más?
- Ahora te toca responder a ti.
Y muy quedamente y como si procediera a revelarme la más grande de las verdades, me dijo:
- Yo hoy, ayer y desde hace años, miro y veo la Alhambra no solo alzada sobre su colina sino reflejada como en un espejo, en el azul del cielo. Y no solo una imagen sino muchas que se repiten y se alejan hacia el infinito cada vez más pequeñas pero con la misma o más belleza.
Guardé silencio, miré con mucho interés y a no descubrir lo que él me decía, le pregunté:
- ¿Y a qué se debe que yo no pueda ver lo que tú sí?
- Quizá se debe a que tú, como casi todas las personas que vienen y viven por aquí, solo sabéis mirar pero no habéis aprendido a ver. Y Granada, la Alhambra y Sierra Nevada, donde realmente concentra su

excepcional belleza, es en su alma. Por eso no es suficiente solo con mirar. Hay que aprender a ver para llegar a gustar su más fina esencia.

Medité durante unos segundos, lo observé despacio, observé la figura de la Alhambra y luego le volví a preguntar:
- ¿Y tú podrías enseñarme este misterio?
- Puedo hacerlo si realmente lo deseas.
- ¿Cuándo?
- Vuelve por aquí dentro de tres tardes.
- ¿Y también vas a descubrirme el secreto de las originales plantas que crecen en la puerta de tu casa?
- Te lo voy a descubrir porque es interesante y bueno, muy bueno para ti.

El palacio del sol, gemelo de la Alhambra

I - Cada tarde y casi a la misma hora, se le veía. Siempre solo y siempre con el zurrón en forma de alforja o saco, a sus espaldas. Y caminaba lento subiendo primero por la pequeña laderilla, luego por el mismo filo de una loma en forma de almohada y después, bajando para el barranco del lado del sol de la mañana. Por aquí, entre los árboles y algunas rocas, siempre se perdía y, al rato, se le volvía a ver por la senda un poco más arriba. Seguía con su alforjas acuestas hasta que de nuevo se perdía por el barranco de la izquierda, por donde el sol de la tarde y la colina de la Alhambra.

Y los que lo veían, los que ya lo conocían de tantas veces verlo un día y otro, aunque nunca lo habían saludado directamente, siempre se preguntaban:
- ¿Quién será y qué será lo que cada tarde y cada día trae por aquí en su saco?
- Nadie, ni en el barrio del Albaicín ni en toda Granada, lo sabemos.
- Pero ¿a que parece que viene por aquí con su saco lleno de cosas y las esconde en algún rincón oculto y secreto?
- Parece eso pero ¿qué será lo que esconde y en qué sitio de este cerro?
- Tampoco nadie lo sabe y por eso, nada más ver su figura, intriga y desprende tanto misterio.
- Un día de estos, vamos a esperarlo por la senda esa del barranco, lo paramos y le preguntamos. Así salimos de dudas y aclaramos los secretos.

La loma, el cerro, el barranco y la laderilla por donde cada tarde se le veía, era por donde se encuentra la zona montañosa del Cerro del Sol. Un poco a la derecha, lado de Sierra Nevada y por eso frente por completo al sol de la mañana. A la izquierda, según él iba caminando por la senda, siguiendo la cuerda de la loma, se veía la recia figura de un palacio. Dar al-Arusa era su nombre y a la izquierda pero a los pies de la loma, se abría el barranco lleno de cuevas, un camino, árboles y jardines y la gran acequia que llevaba agua a los jardines y palacio de los Alixares. Por el lado de la puesta del sol, quedaban los jardines que se extendían hacia la muralla que protege a todo el conjunto de la Alhambra. Y para el lado norte, se abría la ancha umbría del Generalife y el hondo valle del río Darro. Por todo esto, el fantástico escenario que él cada tarde recorría lo enmarcaba e incluía en un mundo realmente bello y misterioso.

Y una tarde de otoño, después de varios días de lluvia, lo vieron aparecer por la sendilla de siempre. De las altas sierras bajaba aquella tarde un rebaño de ovejas en busca de las tierras del valle del río Genil. Y al cruzar, este rebaño por la ladera que él recorría, las ovejas casi lo rodearon. Y se vio, en ese momento, que la tierra y muchas piedras, caían rodando ladera abajo movida por las patas de los animales. Salió el sol por entre las nubes que se abrieron en el cielo y un haz de rayos muy luminosos y color fuego, incidió con fuerza en una zona de la ladera. Se vio como si la tierra que rodaba, dejara a al descubierto una estrecha puerta. Salió un intenso brillo de esta puerta y el hombre del saco, caminó un poco más. Se situó por el lado de arriba, no muy lejos de las paredes del gran palacio en lo más elevado del cerro y aquí se paró. Miró de frente al sol que al fondo y muy lejos se ponía, descolgó su saco de las espaldas, lo puso en el suelo, lo abrió frente al haz de rayos luminosos, hizo una señal y, como por arte de magia, todos los rayos luminosos se metieron dentro del saco. Formando antes como una bola dorada, semejante a un sol pequeño. Cerró luego el saco, cargó con él, todo ahora convertido como en un gran trozo de sol, caminó un poco y por la pequeña puerta que las patas de las ovejas habían dejado al descubierto, entró. Se perdió al instante y también al instante desaparecieron los rayos luminosos y los colores de la puesta del sol.

Los que lo estaban observando con la intención de averiguar quién era y qué era lo que por aquí cada tarde hacía, se miraron entre sí y dijeron:
- Parece como si hubiera metido en su saco toda la luz de la puerta del sol y se la hubiera llevado con él.
- ¿Pero a dónde se la ha llevado?
- Subamos aprisa y averigüemos a dónde lleva la puerta por donde lo hemos visto desaparecer.
Corrieron ladera arriba. Ya el rebaño de ovejas había dejado la ladera y se desparramaba por la parte llana hacia Granada. Por eso ellos avanzaron rápido en busca del punto luminoso casi en lo alto de la

loma. Pero cuando llegaron al lugar nada vieron. Solo unas veredillas con la tierra suelta por el paso de las ovejas y al fondo y muy lejos, la ancha Vega de Granada por donde el sol se ponía.

Confundidos se miraron entre sí y comentaron:
- ¡Qué extraño es todo esto! Se ha llevado la luz del sol con él y se ha perdido en las entrañas de este cerro.
- ¿No será que todo este cerro está hueco y en sus entrañas se encuentra un palacio más grande y bello que la Alhambra?
- Es lo que yo estoy pensando. Y la única manera de saberlo es ponerse y averiguarlo.

II - Cuando a mí me contaron esta historia, cierto que me quedé intrigado. Pregunté:
- ¿Y se sabe si aquellos hombres descubrieron lo que se habían propuesto?
- Nadie sabe si lo descubrieron o no. Pero sí es cierto que muchos, muchos años después, en las montañas del Cerro del Sol, hicieron excavaciones. Como en muchos otros sitios en la colina de la Alhambra y alrededores.
- ¿Y han encontrado algo relacionado con el Palacio del Sol?
- Que se sepa, hasta hoy, nadie ha encontrado nada. Sí desapareció el gran palacio de Dar Al-arusa, los jardines que lo rodeaban, las murallas y torres y las acequias. Y todos esos paisajes, hoy están sembrados de pinos, olivos y bosques por la larga umbría del Generalife. Puedes verlo, con solo darte una vuelta por ahí y recorrer las sendas.

Y claro que me di y sigo dando no una vuelta por esos sitos sino muchas y siempre por las tardes. Procurando encontrarme con las mejores puestas de sol y con el deseo de hallar alguna señal o indicio del hombre del saco. He recorrido despacio todo por donde la Silla del Moro, por donde los cimientos del palacio Dar Al-arusa, los llanos de los olivos, por donde las albercas y acequias y también el barranco de las cuevas y los sitios por donde iban y venían los rebaños de ovejas. También he hablado con muchos y he leído libros y documentos. Y por ningún lado, hasta hoy, nada he encontrado que haga referencia al hombre del saco y al Palacio del Sol.

Sin embargo, quizás de tanto pensar en esto y tanto y tanto buscarlo por un lado y otro, bastantes veces lo he soñado. Y entre esos sueños míos, siempre hermosos y por completo llenos de luz y dulcemente bellos, voy a escoger ahora uno que tuve no hace mucho tiempo. Fue una serena noche de otoño, después de dos o tres días de lluvia y ya con la hierbecilla brotada por los campos. Hacía frío porque en las cumbres de Sierra Nevada ya las nieves habían caído y por eso me acurruqué en las mantas. Y al poco de quedarme dormido, con mis pensamientos puestos en cerro y Palacio del Sol, vi un maravilloso paisaje. Por donde el Cerro del Sol pero en las entrañas de los montes. Y el paisaje era extenso, muy extenso, todo lleno de grandes rocas blancas y tupidos bosques. Iluminado intensamente desde el lado del sol de la mañana y surcado por cientos de arroyos y ríos de agua muy clara. Me sentí a mi mismo caminando por este paisaje, como guiado por alguien muy sabio y poderoso, bueno como el mejor y bello como una fantasía mágica. Y me fue llevando de arroyo en arroyo, por las mil cascadas, los charcos remansados y las transparentes del agua. Y cuando nos parábamos frente a los charcos azules profundos, en todo momento le preguntaba:
- ¿Hay otro charco o río más bello que éste?
Siempre me respondía:
- Camina un poco y mira despacio verás como encuentras otro charco o río aun mucho más bello.
Le hacía caso y al instante quedaba convencido. Porque el manantial que antes mí aparecía triplicaba en belleza al último que había visto. Por eso le volvía a preguntar:
- Pero esta belleza, luz y transparencia, en algún punto debe tener límite.
- No lo tiene. Todo cuanto por aquí vayas descubriendo, siempre es más, millones de veces más que lo último que acabas de ver.
- No lo entiendo.
- Y es natural. Todo lo que por aquí existe pertenece al mundo de las sensaciones, de los sueños, de los sentimientos. Nada puede ser explicado con la razón.

Y siguió llevándome como de la mano hacia el lado del sol de la mañana hasta situarnos por completo frente a una gigantesca cascada. Pregunté:
- ¿De dónde viene y a dónde va toda esta agua?
- No viene ni va. Siempre está aquí presente para dar la vida y decorar a los paisajes que a un lado y otro tenemos.
- ¿Pero ningún río de estos riega con sus aguas a ningún palacio?
- Si y no.
- ¿Y eso?
- Ven por aquí y lo ves.
De nuevo me dejo guiar y, como si camináramos sobre el viento, rodeamos la gran cascada, siempre dirección a Sierra Nevada. Nos paramos por el lado de arriba y al instante vi al frente un enorme edificio de belleza fantástica. De piedra todo y en mármol de mil colores. Y en la puerta, sobre unas anchas escalinatas, vi a una mujer sentada y a su lado, una bellísima niña. Pregunto:

- ¿Qué palacio es éste y quien es ella?
- Es parte del Palacio del Sol y ella es la reina con su hija la princesa.
- ¿Cómo que parte del Palacio del Sol?
- Tienes que verlo para entenderlo. Ven por aquí y te lo enseño.

Me condujo por el lado de arriba, siempre dirección al sol de la mañana y al coronar una loma, vi las ruinas y, entre ellas, algunos hombres excavando. Comenté:
- Es como si lo más grandioso de este palacio alguien o algo lo hubiera roto y esos hombres que veo por aquí, parece como si lo estuvieran reconstruyendo.
- Es así.
- ¿Pero por qué y qué es lo que buscan tan concentrados?
- Buscan las joyas y la historia del pasado pero ni una cosa ni otra, encontrarán.
- ¿Y eso?
- El Palacio del Sol y el mundo donde se alzó y estuvo eternamente, pertenece a la región de los sueños. Es cierto que existe y casi a los pies de la Alhambra pero nunca nadie podrá encontrarlo.
- ¿Por qué no?
- Porque todos lo buscan en forma de materia, semejante a lo que conocen y ven en la Alhambra.
- ¿Y no es así?
- Ni mucho menos.
- Explícame para que entienda.

Y frente a las ruinas de una de las puertas del gran palacio, no muy lejos de la bellísima cascada, a los pies de los mil ríos, con la luz desde el lado de la mañana y el espectáculo de la nieve sobre Sierra Nevada, habló una vez más y me dijo:
- Es cierto que el Palacio del Sol es el gemelo de la Alhambra. Pero aquello son piedras, tierra y murallas de tierra roja y rocas y esto, el fantástico Palacio del Sol, es el alma. Pertenece al mundo de los sueños, sensaciones, sentimientos. Y por eso nunca nadie podrá entenderlo. Solo alguien como tú, puede en algún momento, verlos en sus sueños.

Y justo en este momento me desperté en mi cama. Abrí mis ojos, miré por la ventana y vi que ya salía el sol. Estaba el cielo limpio de nubes y el amanecer era bello, muy bello. Durante unos minutos, medité tal como estaba en acostado y luego me dije: “Será sueño todo lo que acabo de ver y oír pero yo creo que, de alguna forma y en algún lugar, todo esto tiene que existir. Estoy seguro de ello”.

El árbol en la riada del río Darro

Desde el año 1478 a 1983, el río Darro y a su paso por Granada, se ha desbordado 25 veces. Una media de 4,5 veces por siglo. La fecha concreta, a partir de la cual se tienen datos de estos desbordamientos, es el 21 de junio de 1478. En ese mismo día se produjo una fuerte tormenta. Llovió tanto que se desbordaron los tres ríos de Granada, el Beiro, el Darro y el Genil. Pero por el Darro fue por donde más agua corrió. Su corriente arrastró árboles, se taponaron los puentes y arrasó gran parte del Zacatín y la Alcaicería. Murieron varias personas.

La verdadera belleza, valor y nobleza de los pueblos y personas, está en su alma. En aquello que es por completo invisible a los ojos de la cara y no se puede tocar con las manos porque pertenece a la región del espíritu. Y todas, todas las personas, poseemos esta riqueza y también los pueblos y las naciones. Tal es el caso del pequeño y hermosísimo barrio del Albaicín, en Granada, España. Blanco y singular barrio sobre la colina, en las márgenes del río Darro, hermoso en su exterior y más aun en su alma. Tesoro que muy pocos conocen a pesar de los más de los mil años que tiene ya y a pesar de lo mucho que lo visitan, lo fotografían y lo escriben. Y es, lo repito de nuevo, porque muy pocos somos los que conocemos la verdadera alma del Albaicín. Sin embargo, el hecho que narro a continuación, ocurrió en este rincón de Granada. Y por pertenecer a la región de lo excelso, de lo que no se ve con los ojos porque es alma, para muchos es por completo desconocido. Pero fue cierto y por su gran belleza y valor, lo escribo a continuación.

Solo eran tres de familia: el padre, la madre y el hijo, ya metido en lo mejor de su juventud. Tenían ellos su casa justo en el corazón del Albaicín, cerca de lo que hoy se conoce con el nombre de Mirador de San Nicolás y no eran dueños de nada. Ni tierrecillas ni animales. El padre, solo eventualmente trabajaba en las construcciones de la Alhambra, palacios, murallas, casas, jardines, huertas o paseos. El hijo, más o menos lo mismo, pero en el barrio donde vivían. Muchos conocían a esta familia y como sabían que eran pobres y la madre, especialmente buena para con todos, los respetaban y en lo que podían, les ayudaban. Los vecinos entre sí, con frecuencia se decían:
- ¡Qué buena es la mujer de la casa del cerro!
- Y que lo digas. Siempre callada, ocupada en el cuidado de su hijo y marido, sacrificada como ella sola y agradable y bondadosa.

- Y su hijo, ya todo un hombre, ha salido a la madre, en prudente y respetuoso y al padre, en trabajador y serio. Pocos jóvenes como él hay en este barrio y eso sí que es una pena.
- También desde luego es una pena que esta familia tan buena no hay tenido más suerte en la vida.
- En esto sí que tienes razón. Con lo buenas que son estas personas y que nadie nunca, entre los reyes de la Alhambra y poderosos, les haya tendido una mano para aliviarlos de su pobreza.

Estas cosas y parecidas, comentaban con frecuencia los vecinos y conocidos porque eran los que cada día veían y les inquietaba. Tanto que cuando le preguntaban a la madre:
- ¿Qué te gustaría que sea tu hijo de mayor?
La mujer siempre respondía:
- A mi solo me toca criarlo y darle lo mejor que en cada momento tengo en mis manos.
- Pero las madres siempre deseamos para los hijos, fortuna, buenos amigos, suerte en sus sueños…
- Y también yo quiero esto pero sin dejar de pisar con los pies puestos en la tierra. Nosotros hemos nacido pobre y no tenemos estudios ni amigos ricos. Por eso, lo que más me gustaría para mi hijo en su vida es que siempre trate a todo el mundo con respeto, que no robe ni engañe a nadie y que ayude, según sus fuerzas, a todo el que lo necesite.
Y los amigos, amantes de la actitud y respeto de la madre, se quedaban admirados. Quizá por esto condición para con ella, su hijo y marido, aquel frío día de otoño, respondieron tan generosamente.

Se acercaba ya el mes de noviembre y las lluvias habían llegado. También los fríos, dejando las primeras nieves sobre las altas cumbres de Sierra Nevad. Pero especialmente las lluvias, caían con fuerza y casi sin parar durante el día y por la noche. Por estas circunstancia ni el padre ni el hijo, tenían trabajo y en la casa solo un poco de harina y frutos secos, había para comer. En las tierras altas del río Darro, ya entre montañas y a la derecha, la viña del hombre rico, todavía tenía sus racimos sin cortar. Y como la cosecha había sido buena, por el intenso calor del verano y la humedad en el ambiente, el hombre estaba ilusionado. Esperaba recoger una buena cosecha de uvas que luego convertiría en vino para deleite de los reyes de la Alhambra. Por eso, aquel frío y lluvioso día de otoño, el hombre rico de la viña, dijo a su mayordomo:
- Ve al barrio y busca una cuadrilla de hombres jóvenes para empezar a vendimiar mañana mismo.
- Pero señor, con esta lluvia ¿cómo vamos a cortar las uvas?
- Esa pregunta también me la hago yo pero si no la cortamos, será todavía peor. Así que hazme caso.

El mayordomo, aquel mismo día bajó a Granada en busca de una cuadrilla de jóvenes para dar comienzo a la vendimia. Y se presentó justo en el centro del barrio, fue a la casa de sus conocidos y los contrató a todos. Luego se acercó a la casa de la familia pobre, preguntó por el hijo y cuando la madre le dijo que estaba sin trabajo, el mayordomo le confirmó:
- Pues que se venga, mañana por la mañana, con el grupo de hombres que he contratado, que no le faltará trabajo en la finca.
- ¿Y qué tiene que llevar?
- Solo un poco de ropa, algo para protegerse de la lluvia y nada más.
- ¿Y la comida?
- En el cortijo le daremos lo que podamos.
- Pues muchas gracias y ahora mismo se lo digo y le preparo las cosas.

Pero cuando la madre le comunicó al hijo la noticia, éste dijo:
- Pero madre ¿qué ropa me voy a llevar si solo tengo lo puesto?
- Lo sé, hijo mío pero tú no te preocupes que ya verás como yo lo arreglo.
- ¿De qué modo vas a arreglarlo?
- Eso es cosa mía. Tú quédate en casa, prepara lo que puedas y sea necesario que ya verás como mañana lo tenemos todo arreglado.
Junto a la pequeña lumbre que ardía en la chimenea de la casa, se quedó el joven sentado. Calentándose en compañía del padre que, mientras también se calentaba, meditaba en silencio. Y la madre, sin miedo al frío ni a la lluvia, salió de la casa, caminó lenta por las calles, llegó a casa de una de las amigas y le contó lo que pasaba. La amiga le dijo:
- Poco tengo yo para darte pero ten esto y a ver si alguien más puede ofrecerte alguna prenda.
Agradeció la madre la generosidad de la amiga y siguió visitando casa. Cuando ya caía la noche, toda empapada y muy cansada, llegó a su casa y enseguida llamó y dijo a su hijo:
- Ya tenemos aquí la ropa necesaria para llevarte mañana.
- ¿De dónde la has sacado?
- Las personas de este barrio son todas muy generosas.

Y aquella noche, llovió sin parar, a ratos torrencialmente, luego paraba para continuar más suave. Varias veces se despertó el joven y al oír la lluvia caer, mientras de nuevo cogía el sueño y pensaba en el encuentro con su trabajo al día siguiente, se preguntaba: “¿Cómo bajará el río Darro mañana con tanta lluvia como está cayendo? Porque tendremos que cruzarlo para ir al cortijo donde nos ofrecen el trabajo. Y si no hay puentes por esos sitios ¿cómo nos las arreglaremos?” Y la única respuesta que encontraba era confiar en el grupo de personas que irían con él al trabajo de la viña.

En cuanto amaneció, se levantó, preparó las cuatro cosas, despidió a sus padres, salió a la puerta y se fue derecho al punto donde, en el mismo centro del barrio, habían quedado juntarse. Poco a poco y bajo el frío intenso y algo de lluvia menuda, unos y otros fueron llegando. Se saludaron, comentaron la copiosa lluvia que a lo largo de la noche había caído y, liados en sus escasas ropas de abrigo, se animaron y se pusieron en camino. Bajando por la estrecha calle hacia el cauce del río mientras comentaban:
- Pues lo de la vendimia yo creo que ya se ha fastidiado porque con tanta lluvia ¿cuántos racimos de uva quedarán sanos?
- Pero nosotros nos presentamos porque eso es lo que ayer nos dijo el hombre que vino a buscarnos.
- Y también será una pena que ni el dueño de la viña pueda recoger su cosecha ni nosotros podamos echar unos jornales, con la falta que nos hace.

Llegaron al cauce del río, por la senda que orilla arriba remontaba, siguieron avanzando y unas horas después ya se encontraban a la altura de lugar que hoy se conoce con el nombre de Jesús del Valle. Y al llegar a este punto, varios dijeron:
- La crecida del río es grande pero tenemos que cruzarlo para seguir por el camino que va por el otro lado.
- ¿Y por dónde lo cruzamos?
- Vamos a buscar un paso.
Buscaron y, al poco encontraron un punto por donde se encajaba en un estrecho y hondo tajo. Por eso, en este punto, el agua discurría con violencia y por eso, la fuerza de la corriente, hasta este lugar había arrastrado el grueso tronco de un viejo árbol. Atravesado y de un lado otro del río, se había quedado atascado, formando como un pequeño puente, recio en apariencia pero estrecho y muy escurridizo por estar mojado y lleno de barro. Dijeron los más valientes:
- No tenemos más remedio que aprovechar este gran tronco y saltar al otro lado del río.
Y los miedosos preguntaron:
- ¿Y no será peligroso?
- Si pasamos despacio y con todo el cuidado ya veréis como no hay peligro.

El que parecía más valiente de todo el grupo, se animó y despacio y por completo pendiente del tronco y de la corriente, poco a poco cruzó y se encajó en el otro lado del río. Dijo:
- ¿Habéis visto? Así que adelante, sin miedo, concentrados y sin perder el equilibrio.
- Yo voy el segundo.
Dijo otro del grupo. Y se puso a caminar lentamente por encima del tronco del árbol. En solo unos minutos logró atravesar el río y a continuación se animó otro más y otro. Hasta que solo quedaban, al otro lado de la corriente, el hijo de la familia pobre y otro muchacho muy amigo suyo. Dijo el joven a su amigo:
- De nosotros dos, ahora te toca a ti. Yo quiero quedarme el último por si tienes algún problema, ayudarte.
Y el amigo, un poco asustado confesó al joven:
- En mi vida he tenido tanto miedo como en este momento.
- Ya has visto como los demás han cruzado y todo ha salido bien.
- Pero también estamos comprobando que por el río, baja más agua y con más fuerza por momentos.
- Venga, adelante que yo estoy aquí para echarte una mano, si fuera necesario.

Y sin más, el amigo dio su primer paso sobre el tronco, se paró, miró para atrás y luego para la corriente y siguió adelante. Tembloroso y como perdiendo el equilibrio pero intentando superar el trance. Miraba al frente, en algún momento que se paraba y miraba para atrás, antes de dar el siguiente paso.
- Lo estás consiguiendo.
Le dijo el joven cuando justo en este instante, resbaló, cayó a las aguas, agarrándose al tronco al tiempo que gritaba:
- ¡Socorro que me lleva la corriente!
Fue suficiente para que el joven, sin pensarlo un segundo, se pusiera a correr por encima del tronco en busca de su amigo. Consiguió llegar a él, cogerlo de las manos, sacarlo del agua, ponerlo sobre el tronco, mientras en amigo seguía gritando e intentando agarrarse a lo que pudiera. Y justo en uno de estos forcejeos, sin pretenderlo, el amigo empujó al joven, cayó éste en el centro de la corriente, hundiéndose enseguida entre las ramas y hojas arrastradas por las aguas.

Gritaron los de la orilla opuesta, lo llamó el amigo, algunos corrieron río abajo con en deseo de verlo salir a flote y sacarlo de las aguas pero cuando por fin vieron el cuerpo del joven, ya el río lo había arrastrado más de cien metros. Y fue salir a la superficie y enseguida las olas volvieron a sepultarlo. Varios más continuaron corriendo y llamándolo río abajo pero todo fue inútil. En poco tiempo perdieron todo rastro del joven y al sentir el dolor de la tragedia y la desesperación, decidieron no seguir hacia el cortijo de la viña. Aturdidos regresaron al barrio del Albaicín y cuando llegaron, contaron a los padres lo sucedido. También la noticia corrió como la pólvora de una casa a otra y muchos bajaron al río con el deseo de encontrar al joven en algún sitio varado. Toda la tarde y parte de la noche, los padres y los vecinos, lo estuvieron buscando y llorando y ninguna señal de vida vieron. Tampoco al día siguiente ni al

otro ni al otro. Entristecidos los padres lo lloraron y lo mismo muchos amigos y vecinos. Y para consolar a la madre algunas amigas le decían:
- Todos sabemos que era el joven más bueno de este barrio. Por eso debemos pensar que Dios se lo ha llevado con Él al cielo.
- Sí, mujer. El dolor de su pérdida siempre, a partir de ahora, lo tendrás contigo pero también el consuelo de saber que fue el más bueno.
Y la madre callaba, a veces lloraba, miraba al cielo y al río y en su corazón rezaba.

Los niños del otoño

En los últimos días del mes de octubre, llovió mucho pero las temperaturas se mantuvieron suaves y esto dio lugar a dos cosas: en los campos la hierba brotó enseguida y en la umbría del Generalife y de la Alhambra y toda la cuenca del río Darro, los bosques se llenaron de colores otoñales. Desde la misma puerta de su cueva, en la ladera del Cerro de San Miguel Alto, los niños contemplaban este espectáculo. Le decían al padre:
- ¿Cuándo nos llevarás por los caminos a ver la Alhambra? Porque aquello, en estos días, tiene que ser maravilloso.
Y como el padre no tenía tiempo ni para dormir porque debía trabajar mucho para alimentarlos, en mil cosas y todas insignificantes, siempre les respondía:
- Algún día de estos, hijos míos, algún día.

Los niños eran cuatro: la mayor, con doce años, la pequeña, que hacía poco había cumplido ocho años y los dos de en medio, que eran varones. Muy pobres todos porque el padre, además trabajar en cosas insignificantes, apenas conseguir para alimentarlos. La madre no tenía otro trabajo que cuidar de los niños, llevarlos y traerlos por los caminos en busca de ramas secas para hacer fuego en la puerta de la cueva o lavar la ropa en las aguas del río. Sin embargo los niños, siempre al cuidado y confiando en la hermana mayor, continuamente andaban jugando y de acá para allá con los grupos de amigos.

Fue así como, un día de sol espléndido de aquel lluvioso otoño, un amigo suyo pastor les dijo:
- Podéis veniros conmigo a los campos donde llevo a mis ovejas a pastar.
Preguntó la hermana mayor:
- ¿Ha nacido ya la hierba en esos campos?
- Como ha llovido tanto y las temperaturas han sido buenas, la hierba está muy verde y alta en las praderas. Y hoy, mirad qué día de sol tan buen llega.
Le pidieron permiso los niños a la madre y al rato, los cuatro hermanos subían por las veredas, tras el pequeño rebaño del amigo, en busca de las tierras de la hierba. Y las encontraron a media mañana. En unos terrenos llanos, las ovejas se esturrearon buscando las mejores matas de hierba y los niños se pusieron a jugar por las anchas alfombras frescas. Y el amigo pastor, con las varetas de mimbre que tenía preparadas, se dedicó a trabajar en algo que, desde hacía tiempo, tenía entre manos. Al verlo, la mayor le preguntó:
- ¿Para qué es esto?
- Quiero hacer una jaula de mimbre para meter dentro algunos de los pajarillos que viven por estos prados.
Guardó silencio la niña, meditó algo y, pasados unos segundos, volvió a preguntó al amigo:
- ¿Y tú podrías hacerme a mí una jaula como la tuya?
- ¿Para que la necesitas?
- Cuando ya tenga la jaula en mis manos te lo digo.
- Pues por intentarlo, nada pierdo.

Al caer la tarde, con el rebaño de ovejas, el pastor y los niños, regresaron a la ladera de las cuevas en la parte alta del barrio del Albaicín. Y antes de llegar, los niños vieron a la madre que, desde la cueva, salía corriendo a su encuentro. Los abrazó cuando llegó a ellos y luego les dijo:
- Seguid en compañía de vuestro amigo el pastor y quedaros esta noche a dormir con ellos.
- ¿Por qué, mamá?
Preguntó la niña mayor.
- Mañana os lo digo.
Y llamó ella a parte al pastor y le comentó lo ocurrido:
- Nuestra cueva, como la tierra está tan empapada, se ha hundido y mi marido ha quedado dentro enterrado. Seguro que está muerto y por eso no quiero que los niños lo sepan. Llévatelos contigo y cuídalos de la mejor manera que puedas.
Se llevó el pastor a los cuatro niños diciéndoles que en su casa lo iban a pasar muy bien. Pero cuando llegaron y la mujer del pastor los vio, enseguida preguntó:
- ¿Por qué te los has traído contigo?
Le explicó a la mujer lo que en la cueva había pasado y aun así, ella comentó:
- Pues si los niños entran contigo a nuestra casa, yo me voy a dormir con los vecinos. Ya sabes que no quiero ni verlos.

- Pero mujer…
Y por más que el pastor intentó convencer a su esposa, ésta no dio su brazo a torcer.

Cayó la noche, en la cocina de la casa, el pastor encendió fuego e hizo una sartén de gachas. Junto al fuego reunió a los niños y los invitó a comer, mientras se calentaban. Y en un momento de la comida la más pequeña preguntó:
- ¿Por qué no está aquí con nosotros tu mujer?
- Vendrá mañana.
Y la niña mayor dijo:
- Y también mañana puede que nuestro amigo nos lleve a ver los jardines de la Alhambra y me regale la jaula de mimbre que me ha prometido.
De nuevo la más pequeña preguntó:
- Pero esta noche ¿dónde vamos a dormir?
- Lo tengo todo preparado.

Poco después, los cuatro niños se acurrucaban en un montón de paja, en un reducido cuarto cerca de la chimenea. Y mientras intentaban dormirse, la mayor dijo a los hermanos:
- Ya veréis qué bonito cuando tenga yo la jaula que me ha prometido y dentro de ella a los pajarillos.

En la Puerta de las Granadas de Granada

En 1536 se construyó, a modo de solemne entrada a la Alhambra, la Puerta de las Granadas. Proyecto de Pedro Machuca, el mismo arquitecto del Palacio de Carlos V. Labrada en piedra y con aparejo almohadillado. En el tímpano presenta el escudo Imperial, con las figuras alegóricas de la Paz y la Abundancia, coronado por tres granadas, que es de donde mana el nombre de esta puerta. De estilo renacentista y sustituyó a otra islámica, cuyos restos pueden verse en su costado derecho. Tras la Puerta se abre el Bosque de la Alhambra, recorrido por tres paseos peatonales. El derecho, conduce a Torres Bermejas, Auditorio Manuel de Falla y Carmen de los Mártires, el izquierdo, antiguamente llamado "Cuesta Empedrada", conduce al flanco sur de la muralla de la Alhambra y Puerta de la Justicia.

Llegó el otoño y en el jardín de su casa maduraron las granadas. Y las que primero lo hicieron fueron las del granado de las tres ramas. El que crece junto a las matas de mirto y entre los dos naranjos. Y él, a partir del momento en que las granadas empezaron a mostrar sus colores oro sangre, cada mañana y cada tarde, visitaba este rincón del jardín, buscaba la granada más colorada, pequeña y bien formada y la cortaba. Se la metía en el bolsillo y se iba con ella por las calles de Granada. Se decía: “Miraré con atención a las personas que me vaya encontrando y en cuanto la vea, me pondré frente a ella, la saludaré y le ofreceré esta granada diciéndole:
- Es un regalo para ti del otoño de Granada”.

Desde hacía mucho tiempo, cada tarde salía a dar un paseo por las calles de Granada. Siempre con ella en su pensamiento y por eso, ofreciéndole en cada momento, lo que a su paso encontraba. Las claras aguas del río Darro, la silueta de la Alhambra en la colina, el Paseo de los Tristes, el bosque y camino de la Fuente del Avellano, la umbría del Generalife, los jardines de la Alhambra, el Mirador de la Silla del Moro y las puestas del sol y airecillo que por este rincón cada tarde disfrutaba. Por eso, a pesar de los meses y los años, no podía borrarla de su pensamiento. Aunque, según el tiempo iba pasando, sí se le diluía su cara, se le olvidaba el timbre de su voz, el perfume de su cuerpo y hasta los colores de sus manos de hada.

Y cuando cada tarde en silencio paseaba y, como escondido, la iba buscando, siempre soñaba en encontrarla en cualquier momento. Por eso llevaba en su bolsillo la pequeña granada y el corazón dispuesto para el encuentro. Pero sucedía que, al terminar su paseo, cada tarde regresaba a su pequeño rincón con la ilusión tronchada. De aquí que en muchas ocasiones se dijera: “¿Y qué hago yo ahora con esta granada?” La sacaba de su bolsillo, la miraba en sus manos y luego, procurando que nadie lo viera, la soltaba en algún lugar concreto. Muchas veces, sobre el viejo muro que encauza al río Darro en el paseo que sube hasta la Plaza de los Tristes. Otras veces, en el muro del camino que lleva a la Fuente del Avellano, en el camino que sube por la Cuesta del Rey Chico, en algún punto de los jardines de la Alhambra, en la fuente de la Cuesta del Realejo, en el pilar de la calle Elvira. Y al soltar la granada para dejarla en estos sitios, siempre también se decía: “Ojalá apareciera por aquí y la viera y se la llevara. Y si no fuera así, que se la lleve cualquiera y la guarde como regalo aunque no sepa quién soy yo ni por qué le ofrezco este regalo”.

Todo esto fue así aquel año nada más llegar el otoño. Hasta que una tarde, ya final del mes de octubre y con el cielo cubierto de nubes, bajó a su jardín, cortó una pequeña granada del granado del mirto, se la metió en el bolsillo y caminó despacio por la calle Real de Cartuja. Atravesó el arco Elvira, cruzó Plaza Nueva y tomó por la Cuesta de Gomérez. Con la pequeña granada en la mano y mirando a todas las personas con la ilusión de encontrarla para ofrecérsela. Era fin de semana y por eso toda la

ciudad estaba llena de turistas. Extranjeros, muchos, grupos de jóvenes, muchos grupos de personas mayores y cientos de muchachas con sus mochilas acuestas y la cámara de fotos en las manos.

Y subía despacio la empinada calle de la Cuesta de Gomérez, mirando a un lado y otro y a todas las personas que por la calle bajaban. Trazó la pequeña curva y unos metros más arriba y al fondo, divisó una vez más y después de un millón, la silueta de la Puerta de las Granadas. De piedra, esta tarde muy blanca por la restauración que no hace mucho le han hecho, silenciosa y con sus tres arcos. Uno muy grande en el centro y dos pequeños a los lados. Y como en este singular rincón de Granada y pórtico a la Alhambra, ahora han puesto bancos de piedra y vallas para que no pasen los coches, muchas personas se paran aquí. A descansar un poco del esfuerzo de la cuesta o simplemente a esperar a los amigos o para hacerse fotos.

Llevaba en la mano la pequeña granada y al acercarse a la puerta, miró para su izquierda. Y en uno de los bancos, cerca del pequeño arco, la vio sentada. Vestida de negro, de espaldas y a su lado, una joven también sentada junto a ella. Con su cuerpo doblado y la cabeza recostada en el pecho de ella. La melena de la joven, se desparramaba hermosa y tapaba por completo toda su cara, su manos y parte del cuerpo de su compañera. Y al ver la imagen, el corazón le dio un vuelco. Siguió subiendo despacio, sin dejar de observarlas y cuando estuvo a solo unos metros, se paró y preguntó a la mayor de las dos:
- ¿Le pasa algo?
La persona mayor se volvió para atrás, lo miró, sonrió y enseguida escondió su cara entre los cabellos de la joven. De nuevo él le dijo:
- Toma, te hago este regalo para que te animes un poco.
La joven alargó su mano y, sin mirar ni mostrar su cara, cogió la granada y con una voz muy débil, dijo:
- ¡Gracias!
De nuevo el corazón se le aceleró y como tanto la persona mayor como la joven no dejaban ver sus caras, no quiso importunarlas. Se retiró lentamente y todavía a unos metros de ellas, de nuevo dijo a la joven:
- Guarda este obsequio como recuerdo y no olvides nunca que, en la Puerta de las Granada de Granada, esta gris tarde de otoño, te lo han regalado.

Ninguna de las dos dijeron nada. Siguió él subiendo y al llegar al arco grande, miró para atrás con la ilusión de verlas de nuevo antes de perderlas. Pero no las encontró. Descubrió el banco vacío y toda la calle solitaria. Miró para la parte alta del gran pórtico de piedra y en lo más elevado, encontró las tres granadas que dieron y siguen dando nombre a esta famosa puerta en Granada.

Los dos monederos

Los reyes de la Alhambra y también los generales y nobles, muchas veces le habían ofrecido una casa cerca de los palacios. Le decían:
- Para que vivas no lejos de nosotros al fin de que nuestros hijos puedan aprender de ti todo lo que sabes. Nos interesan muchos tus conocimientos de filosofía y música y nos agrada que enseñes con orgullo estas disciplinas.
Pero él siempre les respondía:
- Yo quiero tener una vivienda en un lugar abierto, cerca de las aguas del río Genil, con amplias vistas a Sierra Nevada, a las tierras llanas por donde se aleja el río y frente a la salida del sol cada mañana. Para mí no hay fortuna más grande que ser libre y estar rodeado del rumor de las aguas, del aire con olor a romero y de árboles que se mecen al viento.
- Pues como quieras. Pero tus conocimientos y persona queremos que lo pongas al servicio de nuestros hijos.
Le decían los reyes, generales y nobles.

Por estas circunstancias el hombre se hizo una bonita casa cerca de las aguas del río Genil. A la derecha de lo que es hoy el Barranco del Abogado y no lejos de lo que fueron las Huertas Reales de la Alhambra. Aprovechando una pequeña acequia que por ahí mismo conducía el agua. Y, todas las tierras cercanas, las sembró de árboles, jardines, trazó pequeñas huertas y diseñó praderas. Le dijo a los reyes y nobles de la Alhambra:
- Vuestros hijos pueden venir a mi morada cuando quieran que yo les enseñaré la filosofía que necesiten y la música necesaria para la vida.
- Sobre todo, la música. Nos interesa mucho que nuestros hijos aprendan la música que tú, a tantos enseñas. Y sí que estamos contentos porque creemos que es una manera muy hermosa de transmitir a nuestros hijos tus conocimientos. La filosofía y la música por ningún sitio encontrarán nunca mejor escenario y compañía para ser difundida que la libertad y belleza de los paisajes que se ven y rodean tu casa.

Y a partir de aquel momento, cada mañana y tarde, en los días de primavera, verano y otoño, los príncipes y princesas de la Alhambra, acudían al pequeño edén del profesor de la música. Los recibía

siempre, los acomodaba entre los jardines, a orillas del río, sobre las alfombras de hierba, se sentaba y allí mismo impartía sus clases. Siempre al aire libre, siempre arropado por el rumor de las aguas y siempre con las mejores vistas de Sierra Nevada, al frente de ellos. Y su hijo, un joven de unos doce años, siempre se mezclaba con los demás alumnos y aprendía de su padre lo que él enseñaba. Por eso se hizo amigo de los demás jóvenes de la Alhambra y por eso compartía con ellos sus ilusiones y juegos. No tenía madre porque, al poco de nacer, la mujer se marchó nadie sabía a donde y por eso había crecido siempre bajo la tutela y cuidado del padre.

Y ocurrió que un día, el padre impartió sus clases de música junto a las orillas de río, bajo unos árboles y donde la hierba tapizaba espesa y fresca. Asistieron los príncipes y princesas y el hijo del maestro. Y un príncipe, el más rico de todos los príncipes de la Alhambra y gran amigo del hijo, se sentó sobre la hierba, cerca de unas piedras. Llevaba en su bolsillo dos pequeños monederos de cuero donde guardaba, en uno, varias monedas de oro y, en el otro, joyas y piedras preciosas. Estaba juntando estos tesoros para regalárselos a su princesa y para que nadie se los quitara, los guardaba en los monederos que siempre llevaban consigo. Pero aquel día, al sentarse sobre la hierba, sin que él se diera cuenta, los monederos se la cayeron de los bolsillos. Los vio el hijo del maestro y no dijo nada. Esperó a que terminara la clase y cuando los príncipes se retiraron, el joven se acercó por el lugar, cogió los dos monederos y se los guardó.

Pero tuvo la mala suerte que en ese momento, el príncipe echó de menos sus monederos. Miró para el sitio donde había estado sentado y descubrió que el hijo del maestro recogía los monederos del suelo y se los guardaba en los bolsillos. Enseguida el príncipe se acercó al joven y le dijo:
- Esos monederos son míos, dámelos.
- ¿Qué monederos?
Preguntó indiferente el joven. El príncipe le dijo:
- He visto como los has recogido del suelo y por eso sé que los tienes en tus bolsillos.
Se defendió el joven muy enfadado y la discusión llegó hasta los oídos del padre que, un poco más arriba entre las plantas del jardín, charlaba con otros príncipes. Dejó esta reunión, bajó aprisa por la ladera, se acercó al príncipe que discutía con su hijo y le preguntó:
- ¿Qué os está pasando?
Y el príncipe, muy alterado, explicó al padre lo ocurrido. Al final éste dijo:
- Su hijo, señor, quiere quedarse con los tesoros que no le pertenecen y eso no me gusta.
Se defendió el hijo diciendo:
- Yo no tengo tus monederos y por eso no te permito que me acuses de ladrón.

Se acercó el padre al hijo, lo tomó por el brazo, lo llevó un poco a parte y amablemente le dijo:
- Apropiarse de lo ajeno o robar las cosas a los demás, no es bueno. El que roba podrá sentirse bien pero el que ha sido robado, quedará empobrecido, humillado y con heridas. Y el que roba, pierde su dignidad como persona, se le endurece el corazón y se convierte en carroñero que poco a poco vivirá a costa de quitarles la vida a las personas. Devuélvele a tu amigo los monederos, pídele perdón y ya verás como te sientes bien y eres libre antes los demás.
Se acercó el hijo al príncipe, sacó de su bolsillo los dos monederos y se los alargó en la mano diciendo:
- Te pido perdón y te ruego que aceptes lo que es tuyo.
Cogió el príncipe sus monederos, disculpó al joven, se reunió con sus amigos y, al llagar a los palacios de la Alhambra, contó a sus padres lo sucedido.

Los reyes, al día siguiente, llamaron al padre y le dijeron:
- Además de filósofo muy sabio y músico excelente, eres un hombre bueno y un gran padre. Y tu hijo, noble y cabal como tú. Estamos contentos de que eduques a nuestros hijos y por eso, a partir de ahora, todo lo que necesites, tanto para ti como para tu hijo, pídenoslo que te lo concederemos.
Agradeció el padre la generosidad y bondad de los reyes y luego, ya a solas en su edén junto al río, habló con su hijo y le dijo:
- ¿Ves, hijo mío? Ni con todas las riquezas del mundo podríamos comprar nosotros la dicha y felicidad que hoy el rey nos ha regalado con sus palabras. Porque nada se puede comparar al gozo de sentirnos limpios por dentro y nobles y justos antes los demás.

La mujer y el cordero

Vivía en el Albaicín, sola, tenía muchos amigos y siempre estaba diciendo:
- El día que me encuentre un tesoro me voy de este barrio.
Y los amigos y conocidos le preguntaban:
- ¿Y por qué quieres irte de este barrio? ¿Es que no te gusta o nosotros no somos buenos contigo?
Y ella les contestaba:
- Me gusta mi barrio y vosotros sois muy buenos conmigo.
- ¿Entonces?

- Necesito irme a vivir sola porque me gusta ser libre, respirar aire puro de las montañas, contemplar por las noches el cielo lleno de estrellas y gozar de la armonía de los bosques.
- ¿Y a dónde quieres irte?
- Ya lo tengo decidido: al este del Granada, entre Sierra Nevada y la Alhambra, donde mana un claro manantial de agua, hay un espeso bosque de madroños y por el valle corre un río.
- Pues hija, qué sueño más bonito es el tuyo.
- Sí que lo es y para realizarlo solo necesito encontrarme un tesoro.

Y un día que buscaba moras por las zarzas del río Darro, entre unas rocas, encontró un tesoro. No le dijo nada a nadie pero sí enseguida buscó el mejor arquitecto y le comentó:
- Quiero que me construya una casa en un sitio que conozco en las montañas.
- Eso está hecho. ¿Podemos ir a ver ese sitio y tienes dinero pagar la construcción de tu casa?
- Vamos ahora mismo y te enseño el lugar donde quiero que me construyas mi casa. Y por el dinero, tú tranquilo que te pagaré muy crecido.
Y aquella misma mañana de otoño, ya con todo el bosque lleno de hojas secas, con muchos madroños colgando de las ramas y abundante setas entre el musgo y la hierba, fueron a ver el sitio de su casa. Caminaron durante varias horas y cuando llegaron a unas montañas tupidas de bosque, entre Sierra Nevada y la Alhambra, la mujer dijo al arquitecto:
- Este es el sitio.
Y el sitio era justo una bella ladera frente al sol de la mañana. Bajo unas grandes rocas y entre árboles centenarios, brotaba un caudaloso manantial. Caía el agua ladera abajo formando un pequeño arroyuelo y en el valle se convertía en río. Por eso todo el valle y toda la ladera estaban repletos de bosque y alfombrado de hierba fresca. Dijo el arquitecto:
- Este lugar es maravilloso. ¿Cuándo quieres que dé comienzo a la construcción de tu casa?
- Mañana mismo y quiero que no sea muy grande. Como una casa de muñecas o refugio de montaña, toda de piedra, con muchas ventanas para el lado del sol de la mañana, Sierra Nevada y la Alhambra. Y también para el lado de las puestas de sol, al fondo de la Vega de Granada. Y si necesitas dinero, ahora mismo pongo en tus manos todo cuanto quieras.

Le dio la mujer una bolsa llenas de monedas de oro y el arquitecto, lo primero que hizo al día siguiente, fue buscar a una cuadrilla de hombres. Trazó los planos, mandó abrir los cimientos, trajeron muchas piedras de las montañas y, en muy poco tiempo, la maravillosa casa estaba levantada. Con muchas ventanas al sol de la mañana y Sierra Nevada, con abundante agua por todas partes, cogida del manantial de las rocas y con una fantástica vista hacia la Alhambra, barrio del Albaicín, valle de la hierba y río de aguas claras. Enseguida la mujer se vino a vivir a su casa soñada y lo primero que hizo fue comprarles a los pastores de las montañas un cordero. Les dijo:
- Quiero que sea pequeño, blanco y blando como el algodón y manso como el amigo más bueno.
Le ofrecieron los pastores el cordero más lustroso y bello del rebaño y la mujer le hizo un pequeño corral entre el valle y la ladera, por el lado de debajo de su casa: se dijo: “Para verlo desde la puerta de mi casa, tenerlo cerca y disfrutar de sus retozos a todas horas. No le faltará nunca la hierba más fresca ni agua ni sol ni tierra para que vaya y venga por donde quiera”.

Los amigos del Albaicín la visitaron y todos le decían:
-Tu casa y este sitio es de ensueño. ¿Pero no echas de menos la compañía de un hombre y el cariño de un hijo?
- Eso es algo muy importante en la vida de una mujer pero no lo mejor ni más grande. El corazón de las personas puede vivir y alimentarse de lo bello, de los paisajes como los que yo tengo por aquí, del silencio y de los retozos de un cordero.
- Desde luego tu cordero parece una bola de nieve. ¡Quién pudiera ser como tú y vivir tu sueño!
Y se sentía ella afortunada, limpia y buena por dentro, libre y en armonía profunda con su íntimo sueño.

Pero un día, estaba asomada a la puerta de su casa, miraba para el valle y se recreaba en el azul del cielo, en el airecillo que subía desde el río, en la armonía del bosque y en la figura de su bonito cordero, cuando sintió mucho jaleo de perros. Miró y vio a un grupo de hombres montados a caballo que avanzaban por las tierras del valle. Enseguida pensó en los príncipes de la Alhambra, porque sabía que en otoño, siempre aparecían por aquellos sitios en busca de caza. No le preocupó mucho y por eso siguió mirando y en su mundo. Pero no había pasado media hora cuando descubrió que un grupo de perros se abalanzaron contra su cordero. Lo sitió valar, sintió la algarabía de los perros y luego sintió las voces de los hombres. Salió ella corriendo ladera abajo y, en un abrir y cerrar de ojos, se encajó al lado de su cordero. Se lo encontró tumbado en el suelo, sobre la alfombra de hierba y enseguida se arrodilló, lo cogió y le dijo:
- No te mueras porque te necesito.
Y lo apretó contra su corazón. Descubrió que no respiraba y por eso empujó, con suavidad pero sin parar, el pecho y corazón del cordero mientras le seguía diciendo:
- Por favor, vive y no te vayas para siempre.

Siguió dando masajes al corazón del cordero y, en un momento en que ella desesperaba, notó que comenzaba a respirar. Acercó su boca a la del corderillo, lo besó, lo llenó de caricias y cuando descubrió que estaba vivo, lo apretó más contra su pecho.

Miró a los hombres de los perros y a los que iban a caballo y les dijo:
- Habéis venido por aquí a matarme lo que más quiero pero no lo habéis conseguido.
Y ellos le dijeron:
- Tú estás loca y ni tu cordero ni tu casa ni tu sueño, tiene sentido. Vivir sola en estas montañas y tan retirada del mundo ¿Cuándo por aquí se ha visto?
Y la mujer apretó un poco más a su cordero contra su corazón y le susurró:
- Tú vive, mi gran amigo. Mi sueño es solo mío y a ello tengo derecho.

Desde las cuevas del Albaicín

Las lluvias del otoño
de nuevo llegan,
hace frío un poco,
duele la tierra,
estoy solo
y tu ausencia,
mudo vacío hondo
en la espera.

En la parte alta del barrio del Albaicín, ladera por debajo de la Ermita de San Miguel, siempre hubo cuevas. Desde tiempos muy lejanos, a lo largo de toda la época de la Alhambra, cuando ya Granada fue conquistada por los Reyes Católicos y a lo largo de todo ese tiempo hasta nuestros días. Porque aun hoy en día, sigue habiendo muchas cuevas en estas laderas, en los barrancos que hay al otro lado de la muralla, por donde Valparaíso y Abadía del Sacromonte y por las umbrías del Generalife y la Alhambra. Pero donde más cuevas hay, casi todas muy humildes y sin luz ni agua aunque con mucho sol y hermosísima vista hacia la Alhambra, es en la ladera de San Miguel Alto y en los barrancos conocidos con el nombre de Sacromonte.

Cada puerta de cada cueva, es como un pequeño balcón hacia el valle del río Darro, laderas y colina del Generalife y Alhambra, todo el barrio del Albaicín y la extensa ciudad y Vega de Granada. Un lugar único para disfrutar de los atardeceres y de la luz y calor del sol desde primeras horas de las mañanas hasta que se oculta tras las lejanas montañas. En tiempos pasados, muchas de las personas que vivían en estas cuevas, eran pobres. De raza gitana, la gran mayoría y los que no, personas por completo marginadas. Hoy en día la mayoría de las personas que viven en estas cuevas, ya no son de raza gitana. Muchos son jóvenes venidos de otras partes del mundo. Algunos con algo de dinero, otros muy pobres aunque con grandes sueños pero al margen del resto del mundo.

En aquellos tiempos y ahora, muchas historias ocurrieron y siguen sucediendo en las cuevas de los sitios que he mencionado. Importantes algunas y otras, muy parecidas a las historias de millones y millones de humanos. Oí, no hace mucho, un relato de estos que, por su especial belleza y singular características, voy a contar a continuación.

Ella se fue y él se quedó triste. Con un gran vacío en su corazón, sin gusto ninguno por las cosas y por la vida y también sin ganas de hablar con las personas. Ni siquiera ganas de comer tenía y hasta se quedó sin fuerzas para seguir trabajando. Por eso, en la pequeña fábrica de cerámica en el Collado de los Almendros, el jefe le dijo un día:
- Lo siento por ti pero con esta apatía tan grande en tu vida aquí no puedes seguir.
Y ninguna razón ni respuesta dio al jefe. Al día siguiente ya no madrugó para ir al trabajo ni tampoco buscó a los amigos para contarles sus cosas y tener algún rato de compañía.

Dos días más tarde, un vecino lo vio sentado en la puerta de su casa, en lo más elevado del barrio del Albaicín y le preguntó:
- Por Navidad ¿volverás a verla?
- Ni por Navidad ni en primavera ni en verano.
- ¿Entonces?
- Se ha marchado para no volver nunca más en la vida.
- ¿Y a ti te duele su ausencia y por eso no puedes olvidarla?
Y no dio ninguna respuesta a esta pregunta. Pero sí unos días más tarde, un grupo de amigos le dijeron:
- Tienes que irte de este barrio.
- ¿Y eso?
- Te has vuelto tan rato, vives tan solo y aislado, tan metido en tu dolor o lo que sea, que nadie quiere verte por aquí ni estar contigo.

Y dos días después, a primera hora de una gris mañana de otoño, se le vio salir de su casa. Cerró la puerta y con un zurrón de cuero a sus espaldas, caminó por la estrecha calle. Una de las estrechas y empinadas calles que en la parte alta se abría en el Albaicín y que aun hoy en día, existe. Había llovido aquella noche y el barro y los charcos se acumulaban en muchos tramos de la calle. Pisando este barro y esquivado los charcos, subió despacio, recorrió los caminillos de la ladera en la

parte de arriba del barrio, buscó una cueva en buenas condiciones y la encontró entre chumberas. Cerca del tramo de muralla que desde lo más elevado del cerro hasta el río Darro y frente por completo a la Alhambra. La exploró, entrón dentro, la limpió, se acurrucó de la mejor manera que pudo y cuando al día siguiente salió el sol, se sentó en la puerta de su cueva. Frente a la Alhambra y con su pensamiento puesto en ella.

No llovió a la noche siguiente ni tampoco hizo frío. Y sí, al día siguiente, brilló con gran fuerza el sol. Iluminó las murallas y torres de la Alhambra y él, al contemplar tan hermoso espectáculo y sentirse solo y hundido en su recuerdo, lloró por ella y quiso morirse. Se dijo: "¿Qué sentido tiene ya para mí la vida y estos lugares y las horas de este día tan bello si no la tengo a ella? Para cualquier sitio que me mueva y a cualquier lugar que vaya, me voy a encontrar vacío y amargo, echándola siempre de menos". Y tres días más tarde, bajó por la ladera, recorrió las sendillas y se acercó a las aguas del río Darro. Buscó un trozo de tierra, lo labro un poco, dejando el terreno un poco llano y luego lo regó con las aguas del río. Se sentó allí mismo y al poco vio que algunos pajarillos aparecían por entre las zarzas y se pusieron a picotear la tierra. Los dejó tranquilos y cuando ya caía la tarde, de nuevo regó la tierra labrada y subió por las sendillas a su cueva.

Volvió por las tierrecillas del río unos días después y antes de llegar advirtió que algo ocurría en el rincón. A cierta distancia se paró, observó despacio y miró muy concentrado. En el rodal de tierra había nacido hierba y sentada en una piedra por el lado de arriba, una niña llamaba a los pajarillos del río. Les regalaba comida y, las avecillas, muchas y todas muy confiadas, la rodeaban comiéndose lo que ella les ofrecía en sus manos y por el suelo. Durante un buen rato, desde la distancia, estuvo mirando. Luego caminó, se acercó despacio y cuando ya estuvo a solo unos metros de la niña, la saludó y le preguntó:
- ¿Son tuyos estos pajarillos?
- Son de las zarzas y árboles de este río.
- Pero compruebo que se vienen a tu lado muy confiados. Como si fueran tus amigos desde siempre. ¿Cómo lo consigues?
- Simplemente llamándolos y echándolo de comer estas semillas y trozos de pan que para ellos he traído. Vente a mi lado y échale tú también algo verás como se vienen contigo.

Se acercó el joven, procurando no asustar a las avecillas y cuando estuvo al lado de la niña, ésta le preguntó:
- ¿Y son tuyas estas tierrecillas?
- Creo que sí pero no tengo papeles para demostrarlo.
- Es que ¿sabes lo que he pensado?
- No lo sé.
- Si tú quieres, podemos seguir cultivando estas tierras, yo vengo por aquí cada día, te ayudo en lo que pueda, le sigo trayendo de comer a estos pajarillos y así hacemos cosas importantes y, mientras nos distraemos, también sacamos productos de estas tierras.
Y fue el joven a dar una respuesta a lo que ella le proponía cuando la figura de un hombre les llamó la atención. Se acercaba por la sendilla que venía desde el barrio, cruzó el río y al llegar a ellos, se paró y les preguntó:
- ¿Con qué permiso habéis sembrado estas tierras y le echáis de comer a los pajarillos?
Sin tardar y sin miedo la niña respondió:
- Solo nos hemos parado aquí un momento y, al ver a las avecillas, las hemos llamado y ellas han venido.
- Pues ya os estáis marchando.

Y sin más palabras, unos minutos después, la niña se alejaba del río hacia las blancas casas del barrio y él subía por la ladera a su cueva. En la misma puerta, frente a la Alhambra y mientras se ponía el sol, aquella tarde escribió los siguientes versos: Las lluvias del otoño de nuevo llegan, hace frío un poco, duele la tierra, estoy solo y tu ausencia, mudo vacío hondo en la espera.

Tres días después, volvió por donde las tierrecillas junto al río, con la ilusión de encontrarse con la pequeña de los pajarillos y la hierba brotada en la tierra. Pero antes de llegar al rincón, descubrió que una alta y densa valla de alambre, cortaba la senda impidiendo acercarse a las aguas y a las tierras de las avecillas. Mirando en la dirección en que se iban las aguas del río, con las casas blancas del Albaicín a su derecha y la grandiosa figura de la Alhambra a su izquierda y sobre la colina, como en forma de oración susurró para sí: "Todo por estos lugares y el Universo entero es una obra de arte y maravilla perfecta. Y dentro de esta creación, la obra más perfecta, somos las personas. Cada uno en sí y todos los humanos en general, somos la máxima perfección del Universo. Por eso no tiene sentido ni lo entiendo que no seamos capaces de vivir la vida y recorrer los caminos, en armonía y ayudándonos unos a los otros. Al irte y dejar todo por aquí ignorado y a mí en su centro, quizás sin saberlo, has levantado murallas en el camino que hacia lo hermoso y perfecto, recorremos. Y hoy también descubro aquí, junto a las aguas de este río y donde he venido buscando algo de libertad y serenidad para mi alma, esta valla acotando el terreno. Creo que no ha sido acertado tu proceder ni tampoco lo que por aquí han hecho. Y por eso no lo entiendo".

Regresó otra vez a su cueva. Hizo frío aquella tarde y llovió mucho durante toda la noche. Nadie lo vio ni al día siguiente ni al otro ni cinco días después. Pasado siete días, como nadie sabía nada de él, unos amigos vinieron a su cueva a buscarlo. Lo llamaron y como no contestaba, entraron a la cueva, lo vieron en un rincón acurrucado, de nuevo lo llamaron y al comprobar que ni respondía ni se movía, tocaron sus manos y cara. Todo su cuerpo estaba por completo frío y su corazón parado y sin vida.

La fantasía de un sueño

Los que esperaban en la explanada guardando vez para entrar, preguntaban a los que salían:
- ¿Cómo son las cosas ahí dentro?
Y los que salían, todos emocionados, decían:
- Sin palabras. Hay que verla, parase a su lado, mirar su cara despacio, hablar con ella y dejar que sus palabras te hablen.
- ¿Pero qué es lo que por ahí dentro ha hecho y cómo lo ha montado todo?
- El montaje casi no es importante ni la estancia ni las cosas que por ahí ha colocado.
- ¿Entonces?
- Lo realmente emocionante y que se te cuela dentro con la dulzura más agradable, es ella. Por eso no hay palabra para describirla. Hay que verla.

En la explanada, justo por donde hoy se abre la plaza conocida con el nombre del Paseo de los Tristes, las personas se concentraban. Muy apretadas unos contra otros, esperando el momento de su turno para entrar, emocionados por lo que comentaban los que salían y por eso, casi todos nerviosos. Era sábado, mañana de un hermoso día de otoño, sin mucho frío ni tampoco calor. El cielo sí estaba cubierto con grandes nubes blancas y negras que parecían paradas sobre la figura de la Alhambra. Iluminadas por los rayos del sol de la mañana, regalando sensaciones otoñales y también como decorando todo cuanto por el rincón se desarrollaba. Los que esperaban en la explanada, algunas personas mayores, muchos jóvenes, niños y hasta turistas, entren sí comentaban:
- ¿Y ella sola ha conseguido montar todo esto?
- Casi sola. Algunas amigas y amigos le han ayudado pero como a todos nos parecía extraño y poco lógico su sueño, muy pocos le hemos hecho caso. Solo un par de amigas y los padres.
- Pues desde luego que tiene mérito. Y más, ahora que tantos estamos comprobando el éxito.

Y el mérito, había estado y estaba todo en ella. Era hija única de una familia de clase media, vivía con sus padres en una estrecha calle de la parte baja del Albaicín y desde muy pequeña soñaba con palacios. Fantásticos palacios llenos de colores, con mucha luz y torres con grandes ventanales. Pero según iba creciendo se aficionaba más y más a los rincones del bosque de la Alhambra. Por donde la gran ladera ya toca las aguas del río y se convierte en tierras llanas. Por aquí se venía mucho, casi siempre sola, a jugar con las aguas y a buscar tesoros. Les decía a sus padres:
- Yo sé que ahí mismo, por debajo de la Alhambra y pegado al río, hay un palacio escondido.
- ¿Un palacio?
- No desde luego tan grande como la Alhambra y puede que menos bello pero sí creo que es único.
- ¿Por qué tiene que ser único?
- Porque ni es grande ni lujoso ni tampoco tiene muchas torres pero sí encierra un misterio fabuloso.
- ¿Qué misterio?
- Yo lo he visto muchas veces en mis sueños pero no sé cómo explicarlo. Hay que verlo.

Y los padres, como ella todavía era pequeña, la dejaban que soñara. Pensaban ellos que, como todos los niños del mundo, imaginaba fantasías que de ningún modo tenían nada que ver con la realidad del día a día. Por eso, cuando se iba sola a jugar por la orilla del río, no se preocupaban. Pero sí prestaron ellos mucha atención un día, la pequeña les dijo:
- Ya he descubierto la entrada de ese palacio fantástico que tantas veces os he dicho.
- ¿Que lo has descubierto?
- Sí y hasta he pasado dentro y he visto cómo es todo aquello.
- ¿Y cómo es?
- No puedo explicarlo con palabras. Hay que verlo.
- Mañana mismo vamos contigo y nos lo enseñas.
- Por ahora no quiero que nadie vaya y vea este lugar mío tan fantástico. Con unas amigas mías, estamos preparando algo especial y cuando lo tengamos terminado, os lo digo y también se lo decimos a los vecinos y a todos los que viven en este barrio.

Y aquella especial mañana de otoño, ella tenía todo preparado. Con sus amigas se colocaron en puntos concretos del misterioso palacio subterráneo. Para recibir a los que fueran llegando, explicar las cosas y, sobre todo, hablar con cada uno en particular. Por eso, los que salían, al ser preguntados por los que esperaban en la explanada, respondían:
- No hay palabras para explicarlo. Hay que verlo y, sobre todo, hablar con ella. Transmite tanta emoción y con palabras tan dulces que es imposible que todo sea un simple sueño.

Una familia sin casa

En aquellos tiempos los caminos no estaban asfaltados. Solo algunos, los muy, muy importantes, sí estaban empedrados. Los siguientes en importancia, tenían alguna capa de arena, de graba o algún tipo de tierra especial, que no formaba barro. Pero en general, la mayoría de los caminos que iban a las ciudades, pueblos y tierras, eran solo eso: calzadas de polvo, en verano, de barro y charcos de agua sucia, en primavera, otoño e invierno y, muchas veces, llenos de charcos helados.

De este modo eran los caminos que en aquellos tiempos iban por muchos sitios de Granada, de barrio en barrio y a los pueblos. Y llenos de barro y pozas color chocolate, era como se encontraba aquella mañana de primavera, el camino que iba desde el barrio del Realejo a las casas cercanas al río Darro. El pequeño carro de madera, tirado por un enclenque borriquillo color ceniza, rodaba lento siguiendo el trazado de tierra, bajando hacia la vega del río. Guiando y animando al borriquillo iba el padre, el muchacho, subido en el carro y sentado encima de los colchones y la madre, a la derecha, caminando sobre el barro y agarrada a los varales para no quedarse atollada. Los tres caminaban tristes, en silencio y con sus pensamientos en el gris futuro, a partir de aquel momento.

Más de cinco años habían vivido en la casa de adobes, cerca de las Huertas Reales, en las tierras hoy ocupadas por el barrio del Realejo. El padre, cuidando un pequeño rebaño de cabras, propiedad de uno de los generales de la Alhambra. Y por eso, cada mañana de primavera, verano y otoño, el hombre ordeñaba estas cabras. La madre guardaba la leche en grandes vasijas de barro y luego el hijo, cada día subía por las cuestas del Realejo y, cargado con algunas de las vasijas llenas de leche, entregaba el producto en los palacios de la Alhambra. Siempre que el general recibía la mercancía de las manos del joven, le decía:
- Los reyes de la Alhambra cada día están más contentos con la leche que sale de mi rebaño de cabras. Dile a tu padre que las cuide mucho y que nunca las encierre por la noche sin que hayan bebido y comido lo suficiente.
- Se lo diré a mi padre, señor.
Y cuando el hijo regresaba a la humilde casa de adobes, nunca se olvidaba de dar este encargo a su padre.

Por eso el hombre, cada mañana temprano, en cuanto amanecía, se iba al corral de las cabras, las ordeñaba y luego tomaba algo para desayunar, metía un trozo de pan en su zurrón y se iba con el rebaño a los montes. Para que las cabras ramonearan en los lugares más apropiados y para que bebieran en las aguas claras del río Darro y también en las corrientes del río Genil. Y una tarde de primavera, época en que las cabras tenían más alimentos en los campos y por eso daban mucha más leche, el hombre dijo a su mujer:
- Tú sabes hacer quesos muy ricos. Estoy pensando que como ahora cada día llenamos las vasijas que llevamos a la Alhambra y sobra leche, podríamos hacer algunos quesos.
- ¿Y qué haremos después con ellos?
- Para el día del cumpleaños del general, se los llevamos como regalo. Este rebaño de cabra es suyo y todos los productos que de estos animales salgan. Nosotros nunca nos quedaremos con nada sin que él lo sepa y nos haya dado permiso antes.
- Pues lo que tú quieras.
Dijo la mujer.

Y aquel mismo día, se puso ella e hizo su primer queso. Con cuajada natural, pleita de esparto tejido por el marido y sobre una mesa de madera de roble. Le salió un queso grande, muy bien cuajado, perfectamente modelado y con un color perfecto. Sobre una tabla también de roble lo puso a curar, con un poco de sal para que no se pudriera y curara de la mejor manera. Al día siguiente hizo otro queso y luego otro y así, en poco tiempo, juntó un buen número. Por eso, la mujer, el hombre y el hijo, estaban contentos y esperaban con ilusión el día del cumpleaños del general para subir a la Alhambra y ofrecer al dueño de las cabras, los ricos quesos. Pero unos días antes del cumpleaños, una mañana, el general se presentó en la humilde casa de adobes, llamó al padre y le preguntó:
- ¿De qué me he enterado?
- ¿De qué se ha enterado usted, señor?
- Alguien me ha dicho que te apropias parte de la leche que dan mis cabras para convertirla en quesos que luego piensas vender y quedarte con el dinero que saques.

El padre, la madre y el hijo, asustados intentaron explicar al general lo que en realidad estaban haciendo y lo que tenían pensado. Pero el general, sin atender a ninguna explicación ni razonamiento, les dio solo veinticuatro horas para que abandonaran la humilde casa de adobes. Y aquella mañana de primavera, por el camino lleno de barro y charcos de agua color chocolate, el pequeño carro rodaban lento, alejándose del rincón de la casa de adobes. Tristes los tres, con sus cuatro enseres, humillados y preocupados por lo que sería de ellos en el futuro. Varias veces, el pequeño carro de madera y tirado por

el borriquillo, se atascó en los charcos y barro del camino. El padre, jaleó con fuerza al humilde animal para que tirara con más energía, mientras el hijo y la madre, empujaban desde los varales y la parte de atrás. Y poco a poco, los tres, su borriquillo y el carro, seguían avanzando por el camino. Al llegar a las aguas del río Darro, buscaron el vado y cruzaron la corriente, torcieron con la curva del camino y tomaron rumbo a las casas del Albaicín, frente a la colina de la Alhambra. No tardaron más de media hora en llegar a las primeras casas donde, al tomar por la embarrizada calle un poco cuesta arriba, se encontraron con sus conocidos. También una familia tan pobre como ellos, varios niños y los padres, se pararon con ellos para saludarlos. Y fue la madre de la familia amiga la que preguntó:
- ¿Es que os estáis mudando de casa?
Y al instante, el hijo de la familia del carro, dijo:
- Nos ha despedido el general, dueño de las cabras que cuidaba mi padre.

Unos a otros se miraron y como a todos les parecía no solo extraño sino injusto y triste lo ocurrido, el padre de la familia amiga, dijo:
- Pues vosotros no preocuparos. Todos, a lo largo de la vida, hemos pasado y estamos pasando por momentos malos. Sed bienvenidos a este pequeño y hermoso barrio nuestro y tened ánimo.
De un lado y otro, empezaron a llegar personas para recibir y saludar a la familia expulsada. Unos y otros decían:
- Tú hijo, se puede venir a mi casa con nosotros. Donde caben y comen cinco, uno más, tampoco es mucho.
- Tu borriquillo y carro, lo puedes guardar en mi corral.
- Y vosotros dos, os venís a vivir conmigo. Ya nos apañaremos como podamos.

Y un hombre alto, muy conocido del padre, cogió a éste del brazo, lo hizo caminar por las calles hasta el río Darro, subieron por una sendilla y llegaron a un montículo de tierra. Le pidió al padre que mirara en la misma dirección en que corrían las aguas al tiempo que le dijo:
- Como este río Darro no hay otro en el mundo, por sus aguas y las tierras que riegan. Desde hoy, vamos a trabajar juntos cultivando el terreno que por aquí ves. Ya verás que cosecha y productos más buenos sacamos de estos terrenos.

El cascabel del Albaicín

Nació una mañana de otoño de cielo azul, suave vientecillo con olor a hojas secas y luz un poco apagada. Justo en la humilde casa que sus padres habían construido al borde mismo del río Darro. Casi rozando las aguas, por completo frente a la Alhambra, en la colina al levante y donde las hermosas casas del Albaicín, se esturreaban ladera abajo hacia el río y hacia la Alhambra. Y nada más nacer y verla, la anciana dijo a la madre:
- Esta niña trae con ella una gracia que nadie ha tenido nunca por aquí.
Le preguntó la madre:
- ¿Qué gracia trae con ella?
- Cuídala mucho y que crezca sana y fuerte. Ya te darás cuenta en cuanto sea un poco mayor.

Creció la niña y todos en el barrio la querían mucho. Por lo alegre que era, por las ganas de jugar que tenía siempre y, sobre todo, por su risa. Cuando iba de un lado para otro, cogida de la mano de su madre, con sus amigas o vecinos, siempre, con cualquier cosa, se reía. Y cuando de su boca salían las notas de sus risas, todos miraban y se quedaban como extasiados. Algunos decían:
- Parece un ruiseñor enamorado y desgranando su mejor canción al llegar el día.
Y un vecino algo mayor que también la quería mucho, un día comentó:
- Su risa es como la música de un alegre cascabel. ¿No os dais cuenta como cada vez que ríe parece como si engarzara un collar de notas con todos los sonidos de las escala?
- Sí, desde luego que lo que dices es muy acertado. Nadie en este barrio ni en toda Granada ni tampoco en la Alhambra, tiene ni ha tenido nunca una risa tan maravillosa como la de ella.

Y según iba creciendo, tenía más y más amigos. Hasta que poco a poco junto tres pequeños grupos: los vecinos y amigos así de su edad y que vivían cerca de su casa, la muchacha de la flauta, un poco mayor que ella y que vivía a media ladera entre el río Darro y la parte alta del barrio y la dulce anciana de la casa chica, un poco a la derecha donde vivía ella. Era esta anciana, según la niña, la más generosa y con la que ella compartía mucho tiempo. Le decía a su madre:
- Vive sola, apenas tiene fuerzas, se pasa muchas horas mirando por la ventana para la colina de la Alhambra y nunca se enfada conmigo. Siempre me regala besos y le gusta mucho oírme reír. Dice ella que mis risas son como pompas de colores que, además de curar las heridas del corazón, llenan de entusiasmo y abre las puertas del cielo.
- Pues sed tú buena con ella, hija mía y regálale toda la alegría que puedas. Quizá ella te lleve algún día de la mano, al cielo que ilumina tus risas.

El otro grupo de amigos, era el de sus vecinos y conocidos más cercanos. Muchas tardes se juntaban ellos, se iban a las aguas del río Darro, por donde la corriente se desparramaba en pequeñas playas y se ponían a jugar con algún palo o pelota de trapo. Y cuando algunos de los amigos se caían al agua o tropezaban en la hierba, ella siempre se reía. Todos, al momento, dejaban sus juegos, la miraban, miraban para la Alhambra y decían:
- Tus risas son como los sonidos de un cascabel que desgranan notas de colores y en todos los tamaños.
Y como ella no sabía qué decir, les pedía a los amigos seguir jugando. Reanudaban el juego y cuando ya terminaban y cada uno se marchaba a su casa, a ella le gustaba mucho pasar por delante de la puerta de la casa de la amiga de la flauta. Muchas veces se la encontraba sentada en el umbral de la puerta, tocando su flauta e intentando imitar las risas que salían de la garganta de la niña. Y cuando casi lo conseguía, cogía un papel y con un trozo de palo quemado por la punta, escribía. A veces, círculos pequeños, otras veces, algo más grandes, como puntos negros, algunos y a distintas alturas. Al verla la niña le preguntaba a su amiga:
- ¿Para qué escribes esto?
- Voy a coleccionar todas las melodías que tú desgranas cuando te ríes.
- No lo entiendo.
- Pero a mí me gusta porque es un juego divertido y bello.
- ¿Y qué harás cuando tengas muchas melodías escritas?
- Simplemente coleccionarlas y conservarlas muy bien por si algún día, alguien las necesita.

Y un día, estaba ella jugando en la puerta de su casa, a primeras horas de la mañana. Por la calle bajó un hombre conocido suyo y amigo de sus padres, montado en un borriquillo. Al llegar a su altura, la saludó y le preguntó:
- ¿Y tus amigos?
- Aun no han venido. Tú, ¿a dónde vas?
- A las tierrecillas de mi huerto.
- ¿Me montas en tu burro y me llevas contigo?
- Ahora mismo.
Y, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre se bajó del asno, subió a la chiquilla, la tomó de la mano y siguió su camino hacia las tierrecillas de su huerto. Cuando llegó al rincón, lo primero que hizo fue buscar algunas ramas secas, las amontonó sobre un rodal de tierra libre de pasto y hojas de árboles y se puso a prenderle fuego. Le decía a la niña:
- Así, mientras yo trabajo las tierras del huerto, si tienes frío, te calientas en las llamas y ascuas de esta lumbre.
Estuvo ella de acuerdo y se agachó para ayudar a su amigo con la preparación de la lumbre. Había él cortado ramas secas de romero y también de tomillo y por eso, en cuanto las llamas empezaron a quemar estas ramas, todo el airecillo se llenó de un delicioso perfume. Dijo ella:
- Me gusta mucho este olor y el humo que, en columnas pequeñas, se alza por el aire y se va volando como al encuentro del la Alhambra.
Y se puso a coger con sus manos los pequeños círculos de humo blanco. No conseguía apresarlos porque se les desvanecían entre sus dedos y esto hizo que, cada vez que intentaba coger un circulillo de humo y éste se le escapaba, se riera a carcajadas. En pequeños rosarios de notas musicales que llenaban el aire, la mañana y el espacio, de melodías deliciosas.

Y en un momento de este juego suyo, se situó frente a la lumbre, con la imagen de la Alhambra alzada al fondo, vista a través de las llamas y recortada sobre el azul del cielo de la mañana. Alzó sus manos, como queriendo coger la figura de la Alhambra y al notar que se le escapaba, se echó a reír como nunca lo había hecho antes. Y justo en ese momento vio que de las llamas salían como pequeñas burbujas de colores que, volando por el aire, se trababan en las murallas y torres de la Alhambra. Y vio como si el azul del cielo se abriera y en forma de cascada de notas brillantes, se fundiera en el aire con sus risas. Y vio que, en medio de este maravilloso universo, con ella jugaban sus amigos, sus padres, la muchacha de la flauta y la anciana de la casa chica. Asombrada dijo al hombre del borriquillo, su amigo:
- ¡Qué maravilla de sueño! Nunca había visto antes algo tan bonito.
Y preguntó al hombre:
- ¿Tú sabes qué es esto?
Y él le respondió:
- Las notas musicales que salen de tu garganta cada vez que derramas tus risas.
Se quedó ella en silencio durante unos segundos y luego otra vez preguntó:
- ¿Y por qué todo es tan hermoso y con tantos colores?
- Porque cada vez que ríes tú, es como si le dieras forma al más hermoso de los cielos. Y como esto es tan dulce y maravilloso, a las personas nos gusta mucho. Tus risas, transmiten paz, gozo, ánimo y mucho más de lo que yo pueda decirte con palabras.
Y después de unos segundos en silencio, la niña comentó:
- Ahora comprendo por qué todos me llamáis “el cascabel del Albaicín”.

El sueño de un príncipe

No lejos de la Alhambra, aun hoy en día se conserva una de las vías pecuarias usada para la trashumancia, transito de ganado, en tiempos pasados. Discurre este camino por el barrio del Realejo y Barranco del Abogado, pasa cerca de los aparcamientos y remonta hasta más allá de los Llanos de la Perdiz.

Aquella transparente mañana de otoño, un poco después de la salida del sol, el príncipe subió a la torre. Solo unas horas antes, había sentido a los perros ladrar y a las ovejas balar. Por eso preguntó a uno de sus criados:
- ¿Por qué tantos balidos de ovejas y ladridos de perros?
- Son los pastores de la montaña que, como cada año, con la llegada del otoño y la proximidad del invierno, bajan desde las partes altas de las sierras, a las cálidas tierras de la Vega.
- ¿Y yo puedo verlos?
- Solo a unos metros de los palacios de la Alhambra, por el lado de las cumbres de Sierra Nevada, muchas veces transitan ellos, conduciendo a sus ovejas.

Toda aquella noche el príncipe estuvo meditando lo que le había dicho su criado. Y cuando, un poco antes de la salida del sol sitió los ladridos de los perros, subió a la torre para verlos. Y descubrió a los pastores, allá a lo lejos, por el lado del primer sol de la mañana. Se puso a escuchar los validos de las ovejas y se dijo: “Ojalá yo pudiera irme con ellos y dormir por las noches bajos las estrellas, en medio de los campos”. Y por las atura de los cerros que hoy conocemos con el nombre del Llano de las Perdiz y Cerro del Sol, el joven pastor miraba para la Alhambra y se decía: “Ojalá yo pudiera vivir en las torres de los palacios para oír por las noches la música de las fuentes y aspirar por las mañanas el perfume de las flores en manos de las princesas”.

Y unas horas después de la salida del sol, el príncipe de la torre de la Alhambra, dijo a su criado:
- Prepárame el caballo y algo de comida que dentro de un rato me voy a ir con los pastores que bajan con sus ovejas desde las montañas.
- Sus órdenes serán cumplidas al instante, alteza.
Se vistió el príncipe con la ropa que siempre usaba cuando iba de caza y, a media mañana, salió de los recintos de la Alhambra. Trotó con su caballo por entre los jardines y huertos de la Alhambra y cuando llegó a donde los pastores recogían a sus ovejas para continuar el camino, les preguntó:
- ¿Puedo quedarme con vosotros?
- Ningún inconveniente tenemos pero ¿para qué desea quedarse con nosotros?
- Quiero conocer vuestras cosas y deseo hacerme amigo de vuestros perros y ovejas. Y también quiero haceros una pregunta.
- Pues pregunte usted, señor, que nosotros le responderemos en la medida que sepamos.

Se bajó el príncipe de su caballo, se acercó a los rebaños de ovejas, saludó al joven pastor, a la hermana pastora y a sus padres y les preguntó:
- ¿Sabéis vosotros por qué sitio de estos montes se crían y abundan las perdices?
Y el joven pastor respondió:
- Sí que lo sabemos.
- Es que a mí me gusta la caza de los jabalíes y de los machos monteses y también me gustaría aprender a cazar perdices pero no sé dónde encontrarlas.
- ¿Usted quiere venirse con nosotros y se lo enseñamos?
- Estoy dispuesto a irme con vosotros ahora mismo. ¿Por qué sitios de estas montañas vais?
- Bajamos con los rebaños a la Vega de Granada pero mi hermana y yo, regresamos a nuestra casa allá en las altas sierras. Véngase con nosotros y le decimos dónde viven las perdices.

Y en ese mismo momento, se pusieron en camino por las sendas, laderas y barrancos, por los lugares que hoy conocemos con los nombres de Cerro del Sol y Llanos de la Perdiz. Caminaron durante media hora y el llegar a una gran depresión del terreno, el joven pastor dijo al príncipe:
- Vaya usted atento y en silencio que las perdices aparecerán en cualquier momento.
Y justo al dar vista al gran barranco, la bandada de perdices, alzaron vuelo. Hacia el lado del sol de la mañana y por eso, mientras se alejaban volando para las partes altas, sus plumas brillaban como pequeñas estrellas de colores. Exclamó el príncipe:
- Es lo más bello que he visto nunca. Subamos al cerro y desde allí me indicas los caminos y los sitios.

Un rato después, los tres estaban por donde la bandada de perdices se había parado. Sentados frente al barranco, frente a las cumbres de Sierra Nevada y con la visión de la Alhambra a su derecha, el príncipe dijo:
- Ojalá yo pudiera venirme con vosotros, los pastores de estas montañas y dormir por las noches bajo las estrellas, en medio de los campos.
Y la joven pastora y su hermano comentaron:
- Ojalá nosotros pudiéramos vivir en las torres de los palacios de la Alhambra para oír por las noches la música de las fuentes y aspirar por las mañanas el perfume de las flores en manos de las princesas.

Nota del autor:

La trashumancia en la península se remonta al tiempo de los godos, e incluso al tiempo de los iberos, cuyos pastores prestaron valiosa ayuda a los cartagineses en sus marchas a través de España. Pueblos como el tartesio, turdetano y romano concedieron gran importancia a la cría del ganado lanar pudiéndose constatar en época de Marco Varron (siglo I a. C.) la presencia de "calles pastorum" y de las servidumbres clásicas como la "viae", "iter" y "aetus", para toda clase de paso que posibilitase conducir ganados y carruajes entre dos predios. Ahmad ibn Umar al-Udri (1003-1085) describió la trashumancia que hicieron los moros en la Alpujarra entre la costa mediterránea y la Sierra de la Contraviesa en el sur de Sierra Nevada. En ese tiempo también los cristianos practicaban la trashumancia ovina.

Desde el reino de la Alhambra

I - En los tiempos en que los reyes vivían en los hermosos palacios de la Alhambra, ocurrió algo digno de conocerse, en este reino de Granada. Un hombre, bastante rico, tenía una pequeña fábrica de esparto, justo mismo al borde de las aguas del río Darro. A la altura de lo que hoy es el Paseo de los Tristes y, por eso, a los pies mismos de la Alhambra. También a los pies del hermoso barrio del Albaicín y por donde discurrían los caminos y los puentecillos que daban paso y llevaban a la colina del sol y al barrio de la casas blancas.

Varios hombres tenía a sus órdenes trabajando, el dueño de esta fábrica. Tejiendo toda clase de objetos de esparto: esteras, alfombras, barjas, espuertas, serones, cantareras, esparteñas… Y el dueño estaba contento con lo que en su fábrica se producía porque eran buenos los empleados que en ella trabajaban y porque los productos que de aquí salían, todos resultaban bellos, de gran calidad y resistentes. Muchas personas tenían en gran consideración los productos que de esta sencilla fábrica salían. De aquí el dueño estuviera especialmente satisfecho con los hombres que a sus órdenes trabajaban. Por eso, al más joven y fuerte, le dijo un día:

- Hoy te toca a ti ir a los recintos de los palacios, a llevar los encargos que hace unos días de allí nos pidieron. Así que carga con los productos, sube por la vereda del barranco del Rey Chico y entrega las cosas en el sitio que te digo.
- ¿Tienen que darme algo a cambio?
- De eso ya hablaré yo con los reyes.

Y aquella mañana de otoño recién comenzado, el hombre joven y fuerte de la pequeña fábrica de esparto, preparó las cosas. Cinco o seis pequeños objetos de esparto que los reyes habían pedido para regalar a unos amigos que iban a venir a visitarlos. Cargó con estos objetos, subió despacio por el pronunciado barranco de la Cuesta del Rey Chico, llegó a las puertas de la muralla, dijo a los guardias cual era el motivo de su visita, lo dejaron pasar y ya dentro del recinto amurallado, se dirigió a los palacios. Y pasaba él por el arco que hoy conocemos como la Puerta del Vino, cuando se encontró con una joven princesa. Iba sola y se dirigía a los jardines de la derecha y por eso, el joven se fijó en ella. Durante unos segundos estuvo observándola, notando que al instante se había quedado prendado de ella. Y, aunque no le dirigió la palabra, la joven intuyó lo que en el corazón del hombre, había ocurrido. Por eso ella también lo miró, no dijo nada pero se quedó en el aire temblando como un sueño hermoso y mágico. Al darse cuenta, uno que por allí pasaba, se dirigió al joven de los objetos de esparto y le dijo:

- Ten cuidado que esta muchacha es la hija predilecta del rey más agresivo que nunca hubo aquí en la Alhambra.
- ¿Y qué he hecho yo para que el rey tenga algo contra mí?
- Yo solo te lo advierto. Ten cuidado que la hermosura de esta princesa puede traer grandes problemas a tu vida.

Y el joven se asustó.

Siguió su camino, llegó a los palacios de la Alhambra, entregó el pedido y rápido regresó a donde tenía su trabajo. En cuanto llegó, el dueño le preguntó:

- ¿Cómo ha ido eso?
- Sin problemas, señor. Entregué las cosas tal como usted me dijo y creo que el rey ha quedado contento.
- Así me gusta, buen amigo. Eres fiel y trabajador y por eso te respeto. Gracias a ti y a los compañeros, esta pequeña empresa mía cada día mejora en calidad y prestigio.
- Me alegro, señor.

Y aquel mismo día, el joven preguntó a sus compañeros:

- ¿Conocéis vosotros a esa princesa de ojos y pelo negro que algunas veces pasea sola por los jardines de la Alhambra?

Y uno del grupo amigo, enseguida dijo:

- Yo sí la conozco. Varias veces, cuando he pasado a los palacios para entregar pedidos, me he tropezado con ella.
- ¿Y qué te parece?
- La mujer más hermosa que nunca si vio por estos sitios. Pero tú ¿por qué te interesas por ella?

Se dio cuenta el joven, en este momento, que el compañero mostraba un interés especial por la princesa. Por eso, para evitar enfrentamientos, respondió:
- Por nada. Simple curiosidad.
- Algo tienes tú con esa princesa.
- ¿Por qué me dices eso?
- Tus preguntas y el interés que muestras con esta joven, te delata. Pero te lo advierto: te cuidado porque puedes tener problemas.
Y aquel día, ya no se habló más de esta princesa, en el pequeño taller de esparto.

Pero sí, en los palacios de la Alhambra, se empezó a correr un extraño rumor que llegó hasta los oídos del rey agresivo. Unos días más tarde y por la mañana, en el taller de esparto junto a las aguas del río, se presentó un mensajero del rey. Preguntó éste por el dueño de la fábrica, que enseguida apareció y dijo al mensajero:
- Yo soy el dueño ¿Qué noticias me traes de parte del rey?
- Esto es lo que de parte del rey, le traigo y con la condición de entregarlo en sus propias manos.
Le alargó el mensajero un pequeño rollo de papel que, tembloroso y con el corazón acelerado, rápido cogió. Ahí mismo desenrolló el papel, leyó despacio y para sí y luego, visiblemente alterado, preguntó al mensajero:
- ¿Te ha pedido el rey que le lleves alguna respuesta mía?
- Ningún mensaje debo llevar al rey de parte de usted. Así que, cumplida mi misión, me despido y regreso.

Volvió el mensajero a los palacios de la Alhambra y aquella misma tarde, el dueño reunió a sus empleados y les dijo:
- Por encargo del rey, esta noche, debemos hacer un viaje casi en secreto y a un lugar lejano para algo muy especial. Yo debo ir al frente de este viaje y quiero que solo me acompañe uno de vosotros.
- ¿Quién de nosotros, señor?
- Cualquiera podría ser pero, por orden del rey, tengo que escoger aquel de vosotros que hace unos días subió a la Alhambra a llevar los encargos que el rey había pedido para regalar a sus amigos.
Al saber el joven que él era el elegido para realizar el viaje, preguntó:
- ¿Y por qué tengo que ser yo?
- Por orden de rey, solo te lo puedo decir cuando lleguemos al lugar, motivo de esta marcha.
- ¿Y tampoco puedo saber cual es la misión?
- Aunque lo deseo, tampoco ahora puedo decírtelo. Solo te pido que no hagas más preguntas. Vete ahora mismo a tu casa, prepara y coge lo que creas necesario y al caer la noche, te presentas a mí. Será el momento de partir.
- ¿De noche tenemos que realizar este viaje?
- Son órdenes del rey que también me pide que ni siquiera con tu familia, lo comentes. Y vosotros, todos los compañeros de este joven, guardad silencio del mismo modo, hasta que regresemos nosotros.
- ¿Cuándo volveréis?
- Puede que tardemos unos días.

No se habló más del tema. El dueño cerró la fábrica, los obreros se fueron a sus casas, el joven también a la suya, el dueño se puso mano a la obra y en un periquete preparó dos borriquillos, con sus aparejos, aguaderas y algo de comida y agua dentro. Esperó a que se hiciera de noche y se presentara el joven. A la hora en punto, cuando la oscuridad de la noche comenzó a llegar, se presentó el joven. Saludó al dueño, éste le ofreció uno de los borriquillos y le pidió que cargara en él las cosas que había traído. Luego le pidió que lo montara y, al poco, se pusieron en camino. Sin pronunciar palabra y sin parar, caminaron a lo largo de toda la noche. Ni siquiera sabía el joven en qué dirección iban. Pero sí, al llegar la luz del nuevo día, descubrió que se encontraban frente a unas altísimas montañas. Y ahora comprobó que caminaban dirección al sol del nuevo día.

Cuando el astro rey comenzaba a iluminar con toda su intensidad, llegaron ellos a lo más alto de una gran colina. Aquí mismo se pararon y el dueño dijo al joven:
- Mira al frente y observa despacio lo que por ahí se extiende.
Miró el joven y se quedó asombrado. Al fondo, dirección al sol de la mañana y algo lejos, descubrió un gran río surcando un amplio valle. A los lados, se alzaban las casas de una bellísima ciudad y de las laderas a ambos lados, descolgaban espesos bosques. Dijo el joven:
- Esto es lo más hermoso que he visto en mi vida. ¿Cómo se llama este lugar y en qué parte del mundo se encuentra?
- Tú mismo descubrirás el nombre cuando pase el tiempo. Y el territorio dónde se encuentra, tampoco puedo revelártelo. Pero en este lugar es donde, a partir de ahora, vas a quedarte para el resto de tu vida.
Sorprendido preguntó el joven:
- ¿Y eso?
- El lugar donde el rey me ha pedido que te llevara, es inhóspito, sin vida, sin luz, de tierras muy áridas y muy, pero que muy lejos de Granada. Pero yo, aun a riesgo de ser castigado por el rey por no cumplir exactamente lo que él me ha pedido, te traigo a este sitio. Como agradecimiento a lo bueno y generoso

que siempre has sido conmigo y con tus compañeros. Y aquí, como estás viendo, tienes de todo lo que puedas necesitar para tu nueva vida. Un gran río de aguas muy claras, extensos bosques llenos de colores y olores y con muchas frutas, abundante luz y hasta una maravillosa ciudad donde vas a ser bien recibido. Así que ha llegado el momento de despedirnos. Sigue el camino que desde esta colina desciende que yo me vuelvo a Granada. Entra a la ciudad que ves extendida por el valle, no me preguntes nada más ni vuelvas nunca, nunca a la ciudad de Granada y mucho menos a los palacios de la Alhambra. Sería tu final y mi perdición.

Aun más extrañado, después de un largo rato en silencio, mirando al frente e intentando asimilar lo que le había dicho el dueño, se animó y le preguntó:
- Pero todo lo que me has explicado y lo que tengo ahora mismo antes mis ojos ¿a qué se debe?
- Se debe a que por orden del rey, quedas desterrado para siempre del reino de la Alhambra.

La anciana, reina del bosque

II - Legó el otoño y aparecieron los colores en los bosques. Las dos grandes laderas, a un lado y otro del río, comenzaron a perder su verde vivo de los días de primavera y se llenaron de tonalidades ocres, luces de atardeceres, oro viejo y rojo sangre. Lo mismo, poco a poco, iba sucediendo por las orillas del río. Álamos, fresnos, arces y madreselvas, se vestían con tonos pálidos. Y la luz de la mañana, del mediodía y de la tarde, casi se apagaba a la vez que se fundía con el vientecillo húmedo y cargado de olores a musgo.

Y aquella mañana de otoño, con el cielo azul brillante, el silencio abrazando y el sol un poco apagado, el hijo esperaba a la madre. Justo en lo más alto del cerrillo, en la puerta de la pequeña casa, sentado en el banco de piedra y mirando en silencio al profundo surco del río. Por ahí sabía que discurría la senda que, desde la casa de piedra junto al manantial, descendía río abajo hasta el montículo donde en estos momentos la esperaba. Necesitaba que llegara para despedirla con el más sincero de los abrazos y para vivir junto a ella, otro momento mágico. Pero sabía que la senda, desde el cerrillo donde estaba esperándola hasta la casa de piedra, era larga, tortuosa, con muchas bajadas y grandes cuestas y densos árboles a los lados. Y sabía que la madre, para él la más hermosa y buena, ya estaban muy agotada. Vieja como los mismos árboles del bosque, delgada como el silbido del viento al rozar las hojas y casi sin fuerzas. Por eso se dijo: “Mejor me pongo yo en camino, recorro la senda hasta su casa de piedra y ahí me encuentro con ella”.

Y sin pensarlo más, cargó con su zurrón, llamó a su pequeño perro podenco y por la veredilla, comenzó a bajar. Como al encuentro del río pero antes de llegar a las aguas, siguiendo en trazado de la senda, remontó por la ladera. Volvió a otra vez al valle, lo recorrió ahora muy cerca de las aguas y casi media hora después, comenzó a oír el rumor de la cascada. Sabía que la hermosísima casa de piedra, donde vivía la madre, ya estaba cerca. Pero todavía le quedaba un buen trecho y precisamente era el trozo por donde la senda más se complicaba. Por eso, mientras continuaba avanzando, remontando ahora por la inclinada ladera, con su pensamiento puesto en la madre y en su pequeño palacio de piedra justo al lado mismo del copioso manantial, otra vez se dijo: “Ay que ver mi madre, toda una vida entera viviendo en este rincón y recorriendo un día y otro esta senda y aun en su corazón, viva la ilusión del volver un día a los palacios de la Alhambra. Qué mujer más valiente y recia, con ideas hermosas y entrega silenciosa y noble. Por más que se le busque y me digan, sé que en este suelo no hay otra mujer como ella”.

Recorrió el último tramo de la senda, ya muy próximo al manantial de la casa cuando, al mirar, la vio asomada a la puerta de su pequeña casa de piedra. La saludó con su mano desde la distancia y ella, tal como estaban en el pequeño rellano de la puerta, siguió con sus miradas perdidas por donde el valle y el río se alejaba. Saltaba la corriente unos metros más abajo y luego se alejaba, atravesando el ancho valle para perderse en la profundidad brumosa. Este era el grandioso paisaje que a lo largo de toda su vida, había recorrido y soñado en las noches llenas de estrellas. Y aun así, después de tantos años, de ningún modo estaba cansada ni deseaba marcharse de la casa de piedra que él, con sus propias manos, había construido para ofrecérsela luego como regalo. En el rincón más bonito del bosque, justo al lado mismo del copioso manantial, frente por completo al gran valle y donde el silencio era más profundo y el cielo se derramaba a raudales. Por esto, en cuanto el hijo llegó, le regaló un sincero beso, le pidió que se sentara en el banco de madera que en el mismo rellano de la puerta se calvaba frente al río y le dijo:
- Has hecho bien en venir a verme. Yo ya casi no tengo fuerzas para recorrer la senda, a pesar de que es lo que siempre más me ha gustado, cuando vivía tu padre.
El hijo le cogió la mano, acarició su cara, la miró fijamente y le dijo:
- No tienes que decirme nada porque lo he visto millones de veces con mis propios ojos. Por eso sé que tú eres la más hermosa, buena y fuerte y por eso sé que, aunque ya te abandonen las fuerzas, tu alma y corazón siempre están en estos bosque y en el amor sincero que, en todo momento, mostrarse a mi padre. Estos cominos, el manantial de la roca, el valle verde con las claras aguas del río que lo riega, el

azul del cielo y los abrazos del vientecillo que por aquí siempre se pasea, te pertenecen. Son las mejores joyas que princesa alguna nunca haya poseído.

Guardó silencio la madre, sin dejar de observar la silueta del río surcando el valle. Luego, de nuevo dijo:
- Tu padre, cuando yo era joven y princesa en los palacios de la Alhambra, fue desterrado a estos lugares. Cuando lo supe, me vine aquí con él y en este singular palacio de piedra, hemos vivido la vida entera. Murió ya hace tiempo y, él como yo, lo único que deseamos es regresar a Granada y que nos entierren en algún rinconcillo de los jardines de la Alhambra. Así que ya sabes: carga con tu zurrón de piel de cabra, dirígete a la hermosa ciudad de la vega, ve a la Alhambra, pide audiencia al rey y dile cual es deseo de esta anciana, que pronto se marchará al cielo. No me quedan muchos años de vida y, cuando muera, quiero que me entierres junto a él. En estos bosques, cerca del río, pero si el rey te da permiso y lo quiere, llévanos a los dos y nos fundes con la tierra de los jardines de la Alhambra.
- Tú no te preocupes, madre. Yo también deseo que tu cuerpo y el de mi padre, vuelva a tener el brillo y la dignidad que aquel fatídico día le denegaron. Hablaré con el rey y lucharé con todas mis fuerzas para que te abran las puertas de la Alhambra y, junto con mi padre, descanséis en paz en los jardines que tanto sueñas.
- Que Dios te bendiga, hijo mío y te dé las fuerzas que necesitas.

Y poco después, se le vio al joven surcando el valle, con su zurrón a las espaldas, seguido de su perrillo amigo y dirección a la ciudad de Granada. Con un puñado de tierra en sus manos y la tristeza al mismo tiempo que la ilusión, asfixiándole el corazón. Y mientras se alejaba de la casa de piedra donde, en el rellano de la puerta, seguía la madre mirando hacia el hermosísimo río que surcaba el valle, se decía: “Fue princesa y luego llegó a reina aunque nadie nunca la coronara. Y ahora que es anciana ya muy agotada, sigue siendo la reina de estos bosques y la madre más bella y buena que hubo nunca en esta tierra”.

El azufaifo de la princesa

Una de las cosas que más le gustaba era compartir. No solo con sus amigos y conocidos sino con todas las personas: ricos, pobres, niños, jóvenes, mayores… Siempre se decía:
- Murallas, cuanto menos mejor y discriminación, ninguna. Tratar a cada persona como si fuera única y la mejor del mundo, es lo más importante que podamos hacer en esta vida.
Y ella, cuando llegó el otoño de aquel año, protagonizó algo que a todos dejó asombrados. Justo en los primeros días del mes de octubre y para celebrar su cumpleaños.

Antes de nacer, en los palacios de la Alhambra, los padres ordenaron que en las huertas del Generalife, se sembraran árboles: granados, membrillos, perales, algún olmo, serbales, y especialmente, azufaifos. Y los que en aquellos tiempos cultivaban las tierras de estas huertas, llevaron a cabo lo que se les ordenaba. En los balates entre huerta y huerta, se pusieron y plantaron los granados, los membrillos y azufaifos. Estos últimos, los plantaron casi en la misma acequia que distribuía el agua por las tierras. Y de estos árboles, el rey dijo:
- Quiero que los cuidéis con el mayor mimo. Ya sabéis que estos árboles proceden de los países de donde hemos venido algunos de nosotros. Y también sabéis lo bonitos que son y los frutos tan ricos que dan.
Y los hortelanos comentaron:
- Pondremos en estos árboles todo nuestro esfuerzo y cariño para que crezcan y den los mejores frutos.

Durante varios años, los azufaifos crecieron vigorosos, relucientes de verde y comenzaron a dar cosecha al poco tiempo. Para cuando nació la princesa, uno de los azufaifos ya estaba muy grande y todos los otoños, daba una buena cantidad de frutos. Los padres, en cuanto la niña creció un poco y comenzó a caminar, con frecuencia la llevaban de paseo por las huertas de los azufaifos, conocidos en estos tiempos con el nombre de Huertas del Generalife. Y la princesa niña, desde el primer momento, empezó a tener una predilección especial por el árbol que los padres les mostraban. Ellos le decían:
- Antes de que nacieras, dimos órdenes para que sembraran aquí estos árboles y fíjate ahora qué recios y sanos crecen.
Y ella, todavía pequeña pero prestando mucha atención a lo que los padres le mostraban, decía:
- Me gusta mucho este árbol, especialmente entre todos los otros y me gusta donde crece. En cuanto sea mayor ¿me podré venir a este sitio siempre que quiera?
- Este rincón y árbol te pertenecen. Puedes venirte aquí siempre y todas las veces que quieras.

Creció la princesa y se hizo mayor. Ya con dieciséis años, muchas tardes salía de los palacios de la Alhambra, recorría los paseos de los jardines, cruzaba las puertas de la muralla y se venía a la huerta de los azufaifos. Junto a la acequia, a la sombra del árbol más grande y frente a la Alhambra, se paraba y aquí se quedaba mucho rato. A veces horas enteras, gozando del airecillo, del sol, de canto de los pajarillos, de la visión de la Alhambra, del barrio del Albaicín y de toda la cuenca del río Darro. Porque

una de las cosas más importantes que poseen las huertas del Generalife es que son un gran balcón a los rincones más hermosos de Granada. Cuando llegaba el otoño, la princesa era la que todos los años recogía los frutos del azufaifo, los llevaba a los palacios, se los mostraba a sus padres y les decía:
- El azufaifos grande, es un árbol maravilloso y sus frutos, ricos como no hay otros.

Llegó el otoño de sus diecisiete cumpleaños y como el azufaifo en esta ocasión había tenido una gran cosecha, dijo ella a los hortelanos:
- Coger todos los frutos de este árbol justo el día antes de mi cumpleaños.
Le hicieron caso los hortelanos, se pusieron y, en cestas de mimbre, recogieron todas las azufaifas. Muchas, todas muy sanas y gordas y por completo maduras. Se los entregaron a la princesa y el mismo día de su cumpleaños ella dijo:
- Ayudadme y llevamos todas estas cestas a la gran puerta de la muralla.
En poco tiempo, las cestas llenas de azufaifas y la princesa, estaban en la puerta principal de los recintos amurallados de la Alhambra. Y en cuanto estuvo aquí, comenzó a coger puñados de azufaifas y a todos los que entraban o salían, les daba los frutos diciendo:
- Hoy es mi cumpleaños y os quiero obsequiar a todos con lo mejor que tengo y lo que más me gusta, los frutos de mi azufaifo. No hay delicias como estas en todo el mundo. Coger y probar veréis como no os miento.

Los que llegaban, entraban o salían, se paraban y observaban a la princesa. Algunos extrañados por el novedoso acontecimiento y otros, para coger de sus manos el regalo que ella ofrecía. Entre sí comentaban:
- Regalos de una princesa no se reciben todos los días. Y, aunque solo sean unas simples frutillas, tiene su encanto y es algo bueno.
Y otros preguntaban:
- ¿Pero como toda una princesa de estos grandiosos palacios de la Alhambra, se pone aquí y con estas cosas?
- Seguro que tendrá ella una razón honda y noble que nosotros desconocemos.
- ¿Nos acercamos y le preguntamos a ver qué dice?
- Por intentarlo creo que nada perdemos.

Y algunas personas que habían subido desde la ciudad de Granada, se abrieron paso por entre los que allí se concentraban. Se aproximaron al sitio donde la princesa tenía sus cestas repletas de frutillas doradas, cogieron un puñado, con el permiso de la princesa, probaron las azufaifas y al rato le dijeron:
- Realmente están deliciosas. Pero, ¿podemos hacerte una pregunta?
- Preguntarme todo lo que queráis.
- Es que muchos de los que por aquí nos hemos parado al verte, estamos algo sorprendidos.
- ¿Qué es lo que os sorprende?
- No es normal que una princesa se comporte y haga lo que tú ahora sí. ¿Qué te mueve a ello?
Y la princesa, situándose en el escalón de piedra que junto a la puerta de la muralla había, llamó la atención a todos los que por allí se concentraban y muy resulta dijo:
- Ya os he dicho que hoy es mi cumpleaños, que estas azufaifas son del árbol que me regalaron mis padres antes de que naciera y que como ahora es la época de su cosecha, la hemos recogido para compartirla con todos vosotros. Tengo muchas razones para hacer esto y todas son grandes pero una de ellas es especialmente importante. ¿Queréis saberla?
En menos de tres segundos, todos a la vez respondieron:
- Sí, por favor, princesa.

Y la joven sin titubear habló y dijo:
- Compartir las cosas con los demás es algo que todos deberíamos practicar a diario. Ensanchan el alma, abren el corazón y se establecen lazos de amistad y respeto entre las personas. Y es bueno compartir alimentos, vestidos, casa, dinero y trabajo pero, aun siendo todo esto muy importante y necesario, existe algo mejor que en todo momento deberíamos intercambiando unos con otros: la música de la vida, las emociones que nos transmiten los cantos de los pájaros, la magia de un día de lluvia, los colores del otoño y las luces de los atardeceres… Esto es lo que hoy estoy intentando comunicar a todos vosotros, en este día de mi cumpleaños. Lo que más me gusta a mí, la música de la vida y los colores y olores del otoño.

Hubo un momento de silencio, cuando la princesa terminó de pronunciar estas palabras. Luego, varios de los más valientes, se adelantaron y preguntaron:
- ¿Y qué tendremos nosotros que darte a ti a cambio de estas frutillas que ahora nos regalas?
- No tendréis que darme nada. Lo comparto porque es algo que me gusta y para poner un poquito de felicidad en vuestras vidas.
- Princesa, que ya nos conocemos. Los poderosos siempre dais algunas cosillas y, antes de que nos demos cuenta, nos quitáis la propia vida.

De nuevo se hizo el silencio. Las personas en el lugar concentradas, poco a poco se fueron alejando. Al rato la princesa se quedó sola, junto a sus cestas de frutillas y algunos soldados que la custodiaban. Estos le aconsejaron que volviera a su palacio y desistiera de lo que se había propuesto. Les hizo caso ella y cuando llegaron al palacio y contó a sus padres lo sucedido, la reina madre le dijo:
- Así es la vida, hija mía y así son las personas.
- Pero vosotros sabéis que mi intención es solo compartir con las personas estas sencillas cosas que tanto me gustan. ¿Por qué a la gente le cuesta tanto creer en mis buenos deseos?
- Ellos tienen miedo y desconfían pero nosotros sabemos que tú eres buena. Sigue practicando la bondad en tu vida y el amor y respeto para con los que te rodean y las personas. Un día y en algún momento, tendrás tu premio.

El huertecillo de la Alhambra

Se encontraba no lejos de los lujosos palacios. Al lado del sol de la mañana, entre la Medina, los estanques del agua, en un jardín muy bello y casi a la entrada del más vistoso de los recintos de la Alhambra. Por eso, el pequeño trozo de tierra, el huerto de la princesa que era como lo llamaban, parecía un pequeño paraíso en miniatura. Tenía flores de muchos colores, árboles frutales, plantas aromáticas y hortalizas, acequias con aguas claras, un pequeño estanque, un mirador, varios asientos y hasta una estancia no muy grande.

Se alzaba esta estancia en la parte más alta del huertecillo. Justo a la entrada del trozo de tierra y servía, no para vivienda sino para taller. Solo en parte porque el pequeño recinto de esta construcción, se usaba para guardar las herramientas con las que se labraban las tierras del huerto. El resto del edificio lo utilizaba un grupo de artesanos para taller, crear y pulir muchas de las obras de arte que decoraban salones y palacios. Por eso, dentro de esta construcción, casi todo el día y parte de la noche, estaba ocupado. Los artesanos trabajaban y trabajaban sin descanso, todos a las órdenes de un hombre alto, recio, de pelo negro y muy fuerte. No era muy culto pero según decían, sí estaba protegido por el rey porque era un gran adulador y esto hacía que no fuera bien visto por los obreros artesanos. Continuamente los hostigaba, humillándolos siempre y pidiéndoles que hicieran bien el trabajo y echaran muchas horas. De sol a sol trabajaban y, a veces, hasta bien entrada la noche.

Dentro de este grupo de artesanos había un hombre algo rebelde. Mucho más inteligente que el capataz y por eso, cada vez que el hombre alto y recio gritaba a los artesanos, el hombre rebelde se indignaba. Para sí, en muchos momentos se decía: “Lo que ordena y nos pide que hagamos, no tiene sentido. Casi siempre es puro capricho suyo pero como tiene que demostrar que posee el poder, se impone gritando y pidiéndonos tonterías”. Esto se decía en muchas ocasiones y, en algunos momentos, a punto estuvo de compartirlo con los compañeros. Pero como el hombre era inteligente, intuía que si hablaba con unos y otros, sería mucho peor para todos. No se fiaba de ninguno y temía la reacción del capataz maleducado.

La princesa dueña de las tierrecillas del huerto, había escogido para hortelano a un joven también alto, muy fuerte, recio y de corazón noble. Sabía ella que este joven, aun siendo rebelde y con ideas muy claras y propias, amaba mucho a los pajarillos, le gustaba ver crecer las plantas y los árboles, disfrutaba regando las tierras y recogiendo las hortalizas y los frutos. Y, sobre todo, trataba con exquisita educación a la princesa, cada vez que ésta aparecía por las tierras del huertecillo. Porque le gustaba a ella mucho las flores y, como el joven hortelano lo sabía, cultivaba con esmero todos los días del año, rosas de todos los colores. Junto a la acequia, no lejos del estanque, cerca también del pequeño mirador hacia el Albaicín y no a mucha distancia del edificio de los artesanos. Aquí también, en el mismo mirador y casi entre los rosales, el joven jardinero, construyó un banco de piedra y una pequeña mesa para que se sentara la princesa cuando venía a cortar flores o simplemente a estar un rato, mientras observaba los paisajes y tomaba el fresco.

Y ocurrió que un día de otoño, cuando ya la tarde caía y el joven hortelano cortaba rosas para la princesa, el hombre rebelde del taller de artesanos, se presentó. Apareció por el lado de la muralla, ocultándose por entre las plantas y portando en la mano una especie de saco. Se aproximó sigiloso al edificio del taller y por delante, empezó a esparcir semillas y frutos secos. Luego se acercó más a las paredes del taller y, con mucho cuidado, manipuló algunas cosas. Pensaba él que nadie lo veía porque el hortelano se ocultaba un poco entre los rosales. Aquí se estuvo quieto y observó con atención, sin decir nada al hombre del saco. Pero en un momento en que éste se movió para el lado de las tierrecillas del huerto, descubrió al joven hortelano. Lo miró desde la distancia, no dijo nada, dejó de esparcir semillas por el suelo y lentamente se fue para el lado de los palacios de la Alhambra.

Por el lado de la muralla se fue también el joven y le salió al paso. Se le paró delante, lo miró, no pronunció palabra y esperó un momento. El hombre del saco, sintiendo que había sido descubierto y que no tenía escapatoria, dijo al joven:
- Estoy harto del mal trato que recibo por parte del capataz.
- ¿Y qué se te ha ocurrido?

- Las semillas que por aquí he esparcido, están envenenadas para que se mueran todos los pájaros de este jardín. Y esas cosas que he puesto por ahí, es para volar este maldito edificio de artesanos.
- ¿Y qué pretendes con esto?
El hombre rebelde miró fijamente al joven hortelano, comenzó a temblar y ahora muy asustado, dijo:
- Te lo pido por favor, no me delates. Será mi perdición si lo haces.
- Vuelve a tu casa y luego a tu trabajo. La princesa es mi amiga y por eso sé que tiene un gran corazón.

Se alejó el hombre del saco y se marchó por donde había venido. Se puso el joven y recogió todas las semillas envenenadas y desactivó los artilugios que había colocado para volar el edificio de artesanos. Aquella misma tarde habló con la princesa y tres días después, el hombre alto y grueso y maltratador de los artesanos, desapareció del taller. Y al cuarto día por la tarde, la princesa se presentó en el huerto y jardín de sus rosales. Saludó al joven hortelano, lo invitó a que se sentara junto a ella, en el asiento de piedra del pequeño mirador frente al Albaicín y habló diciéndole:
- Tu respeto y amor por las avecillas y plantas de estas tierras mías, no solo me llenan de orgullo si no que has dado dignidad a los artesanos. Lo sabe el rey y también se siente orgulloso de ti y de mí. ¿Cómo lo consigues?
Y el joven respondió a la princesa:
- Teniendo en cuenta que lo más valioso de todo, es precisamente eso: el respeto. Las cosas en sí, todas son bellas y, las personas, aun más. Por eso, por muy poca inteligencia que se tenga, uno puede ver claramente que el único camino bueno y correcto es el respeto y el amor por todos y todo. Tenemos la obligación de perfeccionar el mundo y a las personas y no lo contrario.
Y al oír estas palabras, la princesa dijo:
- Gracias por ser un hombre tan bueno. Hasta las rosas de este jardín que cuidas para mí, lo reflejan.

Al llegar el otoño

Nada más salir el sol, aquel día de otoño, se pusieron mano a la obra. Y lo primero que hicieron fue recorrer el camino hacia donde estaban los productos: higos secos, granadas, membrillos, nueces, almendras, calabazas, acerolas y otros frutos. El encargado, en cuanto llegaron con el carro a las tierras donde tenían los frutos, dijo:
- Idlos cargando con mucho cuidado. No quiero que se estropee ninguno.
Y como la pequeña era la que más interés tenía en el proyecto, dijo al encargado y a las personas que se disponían a repartir los frutos de otoño:
- A todos nos interesa que nada se estropeen y que el reparto quede perfecto.

Cuando el sol estaba ya un poco alzado, el carro quedaba por completo lleno de frutos. Dos de los hombres jalearon a las bestias y éstas se pusieron en marcha. Por el camino de tierra que iba desde los terrenos de la cosecha hasta el cortijo, de trayecto en trayecto, se iban parando. Del carro descargaban una buena cantidad de frutos y a la derecha del camino lo iban colocando en pequeños montones. Preguntó uno de los hombres:
- ¿Y creéis vosotros que la carroza de la princesa, cuando pase por aquí con ella dentro, se va a parar para mirar estos frutos?
La niña aclaró:
- A mí me han dicho que sí y hasta me han asegurado que la princesa hablará con algunos de nosotros. Dicen que a ella le gustan mucho los frutos de esta Vega de Granada y que también le encanta charlar con las personas que por aquí trabajan.

A media mañana, ya estaban todos los frutos repartidos en pequeños montones a los lados del camino. El sol iluminaba ahora mucho y por eso, nada más alzar la vista y mirar, se veía perfectamente iluminada la grandiosa figura de la Alhambra sobre la colina. Al observarla y verla, algunos de los hombres comentaron:
- ¿Estará ya saliendo de allí la carroza de la princesa?
Y aclaró la niña:
- Creo que por aquí pasará a primera hora de la tarde. Por eso conviene que todo esté perfectamente preparado. La princesa tiene que irse de estas tierras, gratamente impresionada, no solo por la bondad de nuestros productos sino por lo original de este encuentro y el buen trato que de nosotros reciba. Tenemos que procurar que por ningún otro sitio encuentre ella nada, ni siquiera remotamente parecido, a lo que nosotros le ofrezcamos.

Comenzaba el sol a declinar por el lado de la tarde, cuando empezó a oírse la noticia:
- Ya aparece por allí el cortejo y carroza de la princesa. Y viene parándose en algunos de los sitios del camino donde hemos puesto los frutos de estas tierras.
La niña y sus amigos, salieron corriendo dirección al almiar, subieron a toda prisa por la escalera y se fueron colocando, entre la paja, en lo más alto. Decía ella:
- Desde aquí lo veremos todo claramente y podremos saludar a la princesa como nosotros queremos.

Y no habían terminado de acomodarse en lo más alto del almacén de paja, cuando vieron que la carroza de la princesa se paró allí mismo. A solo unos metros del almiar, se abrió la puerta de la carroza, salió la princesa, miró para el gran montón de paja y al ver en lo más alto a la niña, dijo a la pequeña:
- Sé que me estás esperando. Quiero darte un beso y acariciar tu cara con mis manos. Baja ahora mismo de tu palacio de paja.

Y la niña, sin pensarlo dos veces, se deslizó por el costado del almiar, en forma de tobogán y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo a los pies de la infanta. La princesa se aproximó un poco más, la besó, acarició su cara con sus blancas manos y le dijo:
- Tu ingenio para recibirme ha sido de lo más original que nunca se le haya ocurrido a persona alguna. Te doy las gracias y desde ahora mismo, tu cortijo y toda la cosecha que salga de estas tierras, tendrán un puesto relevante dentro de los palacios de la Alhambra. Daré órdenes para que te paguen con creces y oro del bueno, todos los productos que de estas tierras salgan.
- Gracias, amiga princesa. Y cuando quieras te puedes venir a jugar conmigo a las pajas de este almiar. Es mi juego preferido.

Ahora ya no pero en tiempos pasados, todas las tierras que rodeaban a la Alhambra y a la ciudad de Granada, se cultivaban y sembraban. Y en la gran Vega, con la paja que salía de la trilla del trigo y cebada, se hacían almiares. De los campos y estas tierras, las personas sacaban muy buenas y abundantes cosechas. Y el otoño, era y es la estación del año en que se recogen la mayoría de los frutos.